

DEIVERBUM

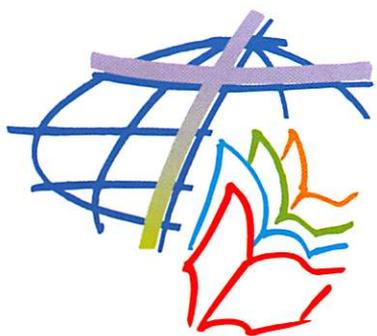
Federación Bíblica Católica

BOLETIN

«Para que todos sean uno»

La Sagrada Escritura
y la unidad cristiana

ISSN 1729-3057



Nº 81
4/2006



Edición española



El *BOLETÍN DEI VERBUM* aparece cada trimestre en español, alemán, francés e inglés.

Editores responsables
Alexander M. Schweitzer
Claudio Ettl

Secretaria de redacción
Dorothee Knabe

Producción y composición
bm-projekte, 70771 Leinf.-Echterdingen

La suscripción por un año cuenta a partir del mes en que se inicie y comprende cuatro números. Sírvase indicar la lengua en la que desea recibir el *BOLETÍN*.

Precio de suscripción

- Suscripción ordinaria: US\$ 20 / € 20
- Suscripción de estudiantes: US\$ 14 / € 14
- Suscripción de apoyo: US\$ 34 / € 34
- Suscripción para países del Tercer Mundo: US\$ 14 / € 14

Envío por vía aérea: US\$ 7 / € 7 adicionales

Les invitamos a hacer una suscripción de apoyo que nos ayude a subsidiar los altos costos del *BOLETÍN*.

Para los miembros de la Federación, el precio de suscripción está incluido en la cuota anual.

Cuenta bancaria

Secretaría General de la Federación
(dirección indicada)
LIGA Bank, Stuttgart
Cuenta no: 64 59 820
Clave bancaria 750 903 00
IBAN-No. DE 28 7509 0300 0006 4598 20
BIC GENODEF1M05
Otra posibilidad: por cheque a la Secretaría General. Aceptamos también pago con tarjeta de crédito (VISA, MasterCard).

Reproducción de artículos

Recomendamos a los miembros de la Federación Bíblica Católica reproducir los artículos en sus revistas, indicando la fuente, si no está indicado expresamente lo contrario.

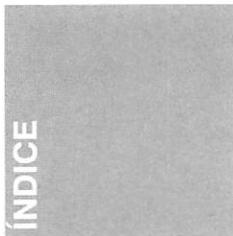
Las opiniones expresadas en los artículos son las de sus autores y no necesariamente las de la Federación en cuanto tal.



FEDERACIÓN BÍBLICA CATÓLICA
Secretaría General
Postfach 10 52 22
70045 Stuttgart
Alemania

Tel.: +49-711-1 69 24-0
Fax: +49-711-1 69 24-24
E-mail: bdv@c-b-f.org
www.febic.org

La Federación Bíblica Católica (FEBIC) es una "organización católica internacional de carácter público" según el Derecho Canónico (CIC can. 312 §1 n.1).



La Sagrada Escritura y la unidad cristiana

Reflexiones desde un punto de vista romano católico

Adelbert Denaux 4

Reflexiones desde un punto de vista ortodoxo

Theodore G. Stylianopoulos 8

Reflexiones desde un punto de vista anglicano

John Muddiman 16

Reflexiones desde un punto de vista metodista

Frances Young 18

Vida de la Federación

Alemania: Encuentro conjunto del Comité Ejecutivo y de los coordinadores 22

Ciudad del Vaticano: XII Sínodo Ordinario de los Obispos sobre la Palabra de Dios 23

Ghana: 25 años de pastoral bíblica en Kumasi 24

Panamá: V Encuentro de Pastoral Bíblica de la subregión América Latina y Caribe 25

Eslovaquia: Encuentro de los directores de la subregión Europa Central en Marianka 27

Austria: 40 años de la Asociación Bíblica Católica y 80 años de la revista *Biblia y Liturgia* 27

Malta: Encuentro anual de la subregión Europa del Sur y del Oeste 28

Italia: Encuentro anual de la subregión Roma 29

Necrología 30

**Queridos lectores y lectoras:**

La primera vez que, hace casi veinte años, visité la Anástasis de Jerusalén, la iglesia que es al mismo tiempo la tumba de Jesús y la iglesia de la resurrección, quedé sorprendido y horrorizado al ver el enconamiento con el que las distintas denominaciones cristianas defendían sus derechos heredados, más de una vez

unos contra otros, y hasta durante las celebraciones litúrgicas. Y me preguntaba: ¿Cómo puede ser que este lugar, uno de los más santos de la cristiandad, sea un terreno de disputas? ¿No es precisamente aquí, donde ha surgido la afirmación fundamental de la fe cristiana: «El Señor ha resucitado; verdaderamente ha resucitado», que la religión debería dar al mundo un signo de unidad y hermandad?

La cuestión difícil y fascinante de la unidad de los cristianos es el tema central de esta edición del *Boletín Dei Verbum*. Desde los orígenes, la unidad del cristianismo siempre ha peligrado y, a lo largo de la historia, ha habido acontecimientos que a menudo han llevado a divisiones dolorosas.

Pero nunca han faltado pensadores que se han adelantado a su tiempo y no han perdido de vista la meta de la unidad. Una de esas figuras proféticas fue, en el siglo XV, el obispo y gran erudito Nicolás de Cusa (en latín Cusanus). Su época no fue muy distinta a la nuestra, porque el tránsito de la edad media a la edad moderna fue en Europa un tiempo de cambios e incertidumbre, en el que surgieron infinidad de posibilidades y también desafíos que se presentaban como amenazas.

La superación de la división entre las Iglesias de Oriente y Occidente fue una de sus preocupaciones principales. Dedicó grandes esfuerzos por colmarla no sólo en lo referente a la política eclesial, sino también teológicamente. Uno de los rasgos centrales de su pensamiento fue la idea de que las diferencias, y aun las oposiciones, no deben ser motivos de división y destrucción de la unidad, sino, por el contrario, oportu-

nidades para afianzarla. Unidad y variedad, unidad en la diversidad no eran para él contradictorias, sino posibilidades de ir más allá del conflicto hasta alcanzar el consenso. Es lo que expresan sus fórmulas «diversidad reconciliada» y «una sola religión en la variedad de los ritos» (*una religio in rituum varietate*). Agreguemos que Cusanus fue uno de los primeros cristianos de su época que se ocuparon intensamente del Corán.

Los artículos de este número, presentados en Roma en el Congreso Internacional Dei Verbum de 2005, desarrollan el tema de la unidad de los cristianos desde distintos puntos de vista confesionales e investigan en primer lugar el papel que puede desempeñar la Sagrada Escritura en el ecumenismo y el diálogo interconfesional. En ellos se encontrará un inventario crítico de la situación actual y, al mismo tiempo, perspectivas realistas para el futuro.

Volvamos a Jerusalén: hace mucho que mi sensación ante la Anástasis ha cambiado: ¿No refleja quizás esta iglesia la situación tal como es en realidad de la única Iglesia de Jesucristo, de nuestra Iglesia? Se trata de una situación escandalosa, en el sentido literal de la palabra, una verdadera piedra de escándalo. Pero, al mismo tiempo, es estímulo y amonestación para que no perdamos de vista las divisiones aún existentes y luchemos siempre por la unidad «para que todos sean uno» (Jn 17,21).

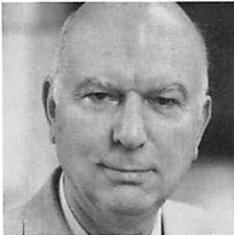
Saludo de todo corazón desde la Secretaría General deseándoles que la lectura de este número sea motivo de gozo.

Claudio Ettl



La Sagrada Escritura y la unidad cristiana: reflexiones desde un punto de vista romano católico

Adelbert Denaux



Adelbert Denaux es profesor emérito de la Universidad Católica de Lovaina, Bélgica, especialista en Sagrada Escritura, griego bíblico, ecumenismo y nuevos movimientos religiosos. Entre otros cargos, es presidente del Foro Ecuménico Internacional, miembro de la Segunda Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana (ARCIC II) y de la Comisión Teológica Internacional.

El ideal: la Biblia, fuente de unidad

Los ecumenistas, e incluso la mayoría de cristianos, suelen estar de acuerdo en que la Biblia es un camino privilegiado para conseguir la unidad de las Iglesias cristianas y de los cristianos, que por ahora están divididos. La historia del movimiento ecuménico muestra que sus promotores estaban convencidos de que el retorno a la Escritura permitiría a los cristianos divididos superar controversias que se han mantenido durante largo tiempo, y encontrar un lenguaje bíblico común para articular las doctrinas apostólicas. Esta preeminencia de la Escritura en la búsqueda de un camino común se menciona de forma regular y explícita en las Declaraciones conjuntas. La ratio de esta creencia es el status único de la Biblia, considerada como la misma Palabra de Dios, escrita por manos humanas, inspirada por el Espíritu Santo y, por lo tanto, norma de fe para los cristianos. El Vaticano II se expresa en estos términos: «... toda la predicación de la Iglesia, como toda la religión cristiana se ha de alimentar y regir con la Sagrada Escritura. En los Libros Sagrados, el Padre, que esta en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Y es tan grande el poder y la fuerza de la Palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, firmeza de fe para sus hijos, alimento del alma, fuente límpida y perenne de vida espiritual. Por eso se aplican a la Escritura de modo especial aquellas palabras: 'La palabra de Dios es viva y enérgica' (Hebr 4,12), puede edificar [*oikodomēsaī*] 'y dar la herencia a todos los consagrados' (Hch 20,32; cf. 1 Tes 2,13)» (*Dei Verbum* 21). La Sagrada Escritura, en cuanto Palabra de Dios escrita, tiene el poder de construir la Iglesia de Cristo en unidad de fe, esperanza y amor.

Los hechos: la Biblia, fuente de división

Sin embargo, la historia de nuestra falta de unión nos enseña que la Biblia también ha sido una fuente de controversia y división. En casi todos los aspectos de la doctrina y práctica cristianas, los cristianos han dado

diferentes interpretaciones a los mismos datos bíblicos. Basta recordar las controversias sobre el primado del obispo de Roma y la interpretación de los textos petrinicos del Nuevo Testamento, las controversias sobre la justificación y el pecado original en Trento y su fundamentación escriturística en las cartas paulinas, las dudas de los cristianos reformados sobre si las doctrinas romano católicas sobre la Inmaculada Concepción y la Asunción de María están de acuerdo con la Sagrada Escritura o no, etc. Además, la polémica entre Iglesias cristianas y comunidades en el pasado ha sido el origen de interpretaciones unilaterales o sesgadas de los textos bíblicos que están, por así decir, fijados en la memoria colectiva de los fieles. Quizás el hecho de que la Biblia haya sido una fuente de división no debería sorprendernos tanto, porque la misma Escritura nos enseña que la Palabra de Dios es vulnerable, abierta a interpretaciones diferentes y a veces contradictorias. Según el evangelio de Juan, las palabras de Jesús provocaron reacciones opuestas: algunos, como la mujer samaritana, de las palabras de Jesús concluyeron que Jesús tenía que ser un profeta, el Hijo de Dios, el Salvador del mundo; otros concluyeron que Jesús era un blasfemo del único Dios que desafiaba los rasgos esenciales de la religión judía, tales como el monoteísmo, el papel de la Torá, etc. Si éste fue el destino del mismo Jesús, la eterna Palabra hecha carne, ¿cómo podría la misma Palabra de Dios escrita tener un destino diferente?

El canon bíblico: ¿qué unidad y qué diversidad?

Además, el mismo canon bíblico pone el problema de la unidad y la diversidad. Escritos diferentes, cada uno representando una época distinta, cultura o iglesia (local) están recopilados en un libro con la convicción de que hay algo que crea unidad en esta gran diversidad, y esto es la persona de Jesús y su misión salvífica. Unidad en la diversidad es también un rasgo esencial de la Iglesia que se describe en la Biblia, entre iglesias locales y la Iglesia como una realidad universal.¹ Algunos biblistas, sin embargo, entienden la diversidad del NT como una fundamentación bíblica para sostener la diversidad y legitimidad de las confesiones y denominaciones cristianas.² De ahí surge la cuestión principal: ¿permite el canon una diversidad de denominaciones que hace que la búsqueda de una unidad orgánica entre los cristianos se tenga que considerar casi como una empresa obsoleta? En otras palabras, ¿qué tipo de



unidad en la diversidad está «de acuerdo con la Escritura» y qué tipo no lo está? Unida a esta cuestión está la siguiente: ¿es verdad que cada denominación se basa en un canon al interno del canon, y que incluso la primera ortodoxia católica, que la Iglesia católica romana finalmente quiere continuar, también se basa en un canon al interno de un canon?³ ¿O más bien deberíamos decir que la Tradición apostólica que se transmite en la Iglesia de Cristo encuentra su expresión y unidad en el canon bíblico en su conjunto, de manera que la elección de un canon dentro del canon necesariamente conduce a una reducción de denominaciones de la entera Tradición apostólica?

La tarea: reconciliación en la interpretación de la Sagrada Escritura

Así pues, no deberíamos sorprendernos de que la mayoría de cuestiones que el diálogo ecuménico tiene que afrontar estén relacionadas, de algún modo, con la interpretación de los textos bíblicos y que su objetivo sea el de reconciliar las interpretaciones diferentes, o incluso contradictorias, de la Escritura al interno y entre las Iglesias. «Algunos problemas son de orden teológico: la escatología, la estructura de la Iglesia, el primado y la colegialidad, el matrimonio y el divorcio, la concesión del sacerdocio ministerial a las mujeres, etc. Otros son de orden canónico y jurisdiccional: se refieren a la administración de la Iglesia universal y de las Iglesias locales. Otros, en fin, son de orden estrictamente bíblico: la lista de libros canónicos, ciertas cuestiones hermenéuticas, etc.» (*La interpretación de la Biblia en la Iglesia* IV, C, 4).⁴

Lo que se discute aquí es la hermenéutica de la interpretación de la Escritura, más precisamente la interacción entre los aspectos o actores implicados y operantes en el proceso de interpretación que tiene lugar en la Iglesia de Dios, como el Espíritu Santo, la Tradición, todo el pueblo de Dios, el papel de la autoridad (el Magisterio) y el papel de la teología (resp. la exégesis bíblica). El decreto *Unitatis Redintegratio* ha puesto el dedo en una diferencia esencial entre protestantes y católicos romanos concerniente el papel del Magisterio: «Pero cuando los hermanos separados reconocen la autoridad divina de los Sagrados Libros sienten – cada uno a su manera – diversamente de nosotros en cuanto a la relación entre las Escrituras y la Iglesia, en la cual, según la fe católica, el magisterio auténtico tiene un lugar especial en orden a la exposición y predicación de la Palabra de Dios escrita. (UR 21) En el párrafo número 10, extremadamente importante, de la Constitución *Dei Verbum* los Padres del Concilio Vaticano II describieron cómo la Tradición y la Sagrada Escritura, que constituyen un solo depósito de la Palabra de Dios, han sido confiadas a todo el pueblo de Dios, que permanece fiel a él bajo la guía del Magisterio vivo de la Iglesia, habiendo recibido éste la misión de dar una auténtica

interpretación de la Palabra de Dios.⁵ Esta indispensable conexión entre Tradición, Escritura y Magisterio en la realidad viva de toda la Iglesia está muy bien expresada en el documento *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, publicado por la Pontificia Comisión Bíblica (1993): «La comunidad creyente es efectivamente el contexto adecuado para la interpretación de los textos canónicos. La fe y el Espíritu Santo enriquecen su exégesis. La autoridad eclesial, que se ejerce al servicio de la comunidad, debe vigilar para que la interpretación sea siempre fiel a la gran Tradición que ha producido los textos (cf. *Dei Verbum* 10; *IBI* I, C, 1).

Algunos criterios para un uso ecuménico auténtico de la Escritura

Para concluir, me gustaría formular una serie de principios que pueden servir como criterios hermenéuticos para conseguir una interpretación más ecuménica de la Escritura y para dejar que la Escritura desempeñe plenamente su papel como *canon fidei* en el diálogo ecuménico. Están formulados en tesis breves, abiertas a la discusión.

1. Llegar a un acuerdo sobre la lista de los libros canónicos sigue siendo una tarea esencial del diálogo ecuménico. Mientras no haya unidad sobre el canon bíblico, no habrá unidad total entre los cristianos.
2. El canon bíblico no legitima la existencia de diferentes confesiones cristianas. Colocar un canon dentro del canon no puede proporcionar una base legítima para el diálogo ecuménico y su resultado será la renuncia y la aceptación del status quo de las divisiones eclesiales. Cada Iglesia cristiana debería tener el valor de examinar si *de facto*, consciente o inconscientemente, opera con un canon dentro del canon y de este modo obstaculiza el progreso ecuménico.
3. La Biblia en su totalidad forma el «canon» para la vida y la unidad de la Iglesia de Cristo. Esta unidad encuentra su expresión en la diversidad de culturas, lenguas, tradiciones e iglesias locales o regionales. Jesucristo, el Señor resucitado, es el centro y, en último término, constituye la clave hermenéutica de la Sagrada Escritura.
4. Desde un punto de vista histórico, la Tradición apostólica precede la Escritura. La Escritura es la expresión normativa de la Tradición. Ambas constituyen un único depósito de la Palabra de Dios. El principio de la *sola scriptura* o la noción de la «suficiencia» de la Escritura⁶ debería ser interpretada y/o modificada a la luz de este criterio.
5. Se debería distinguir con mucha atención entre Tradición (apostólica) y tradiciones. Las tradiciones son distintas expresiones de la Tradición apostólica en el tiempo y en el espacio. La Escritura debería utilizarse como norma y criterio para evaluar o fijar tradiciones.



6. La separación o división entre Iglesias cristianas y/o denominaciones ha afectado su interpretación de la Sagrada Escritura: lecturas «polémicas» o «denominacionales» impiden que estas iglesias puedan captar el significado pleno de la Escritura. Incluso la Iglesia católica romana no está libre de esta «limitación» cuando lee la Escritura. Las Iglesias se necesitan unas a otras para descubrir plenamente la voluntad de Dios en la Escritura.
7. Todavía se necesita un acuerdo entre los cristianos sobre el papel del Magisterio en la interpretación de la Palabra de Dios (ya sea en su forma escrita o en la forma de la Tradición) y en la promulgación de las doctrinas, sacadas de este único depósito de la fe en cuanto revelado por Dios.
8. El crecimiento y difusión de lo que se puede llamar una lectura «fundamentalista» de la Biblia en diferentes círculos cristianos está poniendo seriamente en peligro la apertura que el diálogo ecuménico necesita (cf. *IBI* I, F).
9. La conciencia de que el texto de la Sagrada Escritura puede tener «sentidos» diferentes puede ser de gran ayuda para superar discusiones sobre el «carácter» escriturístico o la falta del mismo en ciertas doctrinas. La exégesis histórico-crítica adoptó la tesis de un solo significado (la *intentio auctoris*). Teorías modernas del lenguaje y de la hermenéutica filosófica hoy afirman que los textos escritos están abiertos a una pluralidad de significados. Sería bueno retomar la antigua sabiduría en lo que concierne a los diferentes niveles de significado de los textos bíblicos. La Pontificia Comisión Bíblica habla muy acertadamente del sentido literal, sentido espiritual y sentido pleno (*IBI* II, B). Este acercamiento es muy rico en potencial ecuménico.
10. Los biblistas y exegetas han contribuido notablemente al desarrollo del diálogo ecuménico y su aportación será indispensable en el futuro (*IBI* Introducción, IV, B). En particular, un acercamiento histórico-crítico puede ser útil cuando se leen los textos bíblicos en su contexto histórico. También ayuda a evitar formulaciones históricas de definiciones doctrinales absolutas o a interpretar afirmaciones doctrinales como acontecimientos históricos.⁷
11. El diálogo ecuménico funciona mejor cuando hay una lectura eclesial y ecuménica de la Escritura que intenta integrar lo que es válido de otros acercamientos distintos en el pasado y en el presente, en círculos académicos y no académicos, y considerar cada pasaje estudiado en el contexto del Nuevo Testamento como un todo, teniendo en cuenta el trasfondo del Antiguo Testamento y a la luz de la Tradición común.⁸
12. Se deberían promocionar las traducciones ecuménicas de la Biblia, ya que el tener un texto común ayuda muchísimo a una lectura común y a una mejor comprensión y, de este modo, permiten alcanzar la conversión del corazón y la santidad de vida que, con la ayuda de la oración por la unidad de los cristianos, constituyen el alma del movimiento ecuménico (*IBI* IV, B, 4).

(Trad.: N. Calduch-Benages)

¹ Ver Pontificia Comisión Bíblica, *Unidad y diversidad en la Iglesia* (1988); traducción inglesa en: Dennis J. Murphy (ed.), *The Church and the Bible. Official Documents of the Catholic Church*, Bangalore, 2000, pp. 594-626.

² Ver, p. ej., Erich Käsemann, *The Canon of the New Testament and the Unity of the Church*, en: id., *Essays on New Testament Themes*, London, 1964, p. 103: «El canon del Nuevo Testamento como tal no constituye la base de la unidad de la Iglesia. Por el contrario, como tal (es decir, en cuanto accesible al historiador) proporciona la base para la multiplicidad de confesiones»; en: id., *Das neue Testament als Kanon* (Göttingen 1970, p. 402), todavía lo dice con más claridad: el canon en cuanto tal «también legitima más o menos todas las sectas y las falsas enseñanzas».

³ Así James D. G. Dunn, *Unity and Diversity in the New Testament*, London, 1977, p. 375: «No es una simplificación excesiva decir que (hasta muy recientemente) el canon efectivo del NT para la eclesiología romano católica ha sido Mt 16,17-19 y las epístolas pastorales; el canon para la teología protestante claramente han sido las (primeras) cartas de Pablo (para muchos luteranos la 'justificación por la fe' es el canon real dentro del canon); la ortodoxia oriental y la tradición mística del cristianismo occidental encontraron su principal fuente de inspiración netotestamentaria en los escritos joánicos; por su parte, el pentecostalismo busca su autenticación en los Hechos. Por otra parte, el canon para el protestantismo liberal del siglo XIX fue el (así llamado) Jesús histórico, considerando que después de la Primera Guerra Mundial, para muchos teólogos cristianos, la autoridad se centraba en 'el kerygma', mientras otros más recientes se han orientado hacia el testimonio apostólico. Quizás lo más impresionante de todo es que debemos recordarnos a nosotros mismos que, debido a que el primer catolicismo fue solamente una línea dentro del NT, por consiguiente, la misma ortodoxia se basó en un canon dentro del canon, donde la falta de claridad de un Pablo o de un Juan (cf. 2 Pe 3,15s.) ha sido interpretada en conformidad con esta única línea».

⁴ Pontificia Comisión Bíblica, *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, 1993, IV, C, 4 (citada como *IBI* seguida de las partes y subpartes).

⁵ DV 10 «La Tradición y la Escritura constituyen el depósito sagrado de la Palabra de Dios, confiado a la Iglesia. Fiel a dicho depósito, el pueblo cristiano entero, unido a sus pastores, persevera siempre en la Doctrina apostólica y en la unión, en la Eucaristía y la oración (cf. Hch 2,42 gr.), y así se realiza una maravillosa concordia de Pastores y fieles en conservar, practicar y profesar la fe recibida. El oficio de interpretar auténticamente la Palabra de Dios, oral o escrita, ha sido encomendado sólo al Magisterio vivo de la Iglesia, el cual lo ejercita en nombre de Jesucristo. Pero el Magisterio no está por encima de la Palabra de Dios, sino a su servicio, para enseñar puramente lo transmitido, pues por mandato divino y con la asistencia del Espíritu Santo, lo escucha devotamente, lo custodia celosamente, lo explica fielmente; y de este único depósito de la fe saca todo lo que propone como revelado por Dios para ser creído. Así, pues, la Tradición, la Escritura y el Magisterio de la Iglesia, según el plan



prudente de Dios, están unidos y ligados, de modo que ninguno puede subsistir sin los otros; los tres, cada uno según su carácter, y bajo la acción del único Espíritu Santo, contribuyen eficazmente a la salvación de las almas».

⁶ Ver, por ejemplo, la formulación de Artículos de Religión VI (Iglesia de Inglaterra): «Sobre la suficiencia de la Sagrada Escritura para la salvación. La Sagrada Escritura contiene todas las cosas necesarias para la salvación: de manera que a ningún hombre se le pide que crea como un artículo de fe o que considere como necesario para la salvación lo que allí no se puede leer ni se puede probar». Todas las confesiones cristianas aceptan que una doctrina, en último término, debería basarse en la Escritura como expresión de la verdad revelada por Dios. Esto significa que el fiel no puede recibir nuevas doctrinas, a menos que sea claro que son expresión, en un modo u otro, de la revelación divina que está contenida de manera normativa en la Sagrada Escritura. Sin embargo, existen diferentes modos de concebir el «fundamento» escriturístico de las doctrinas: (i) Una doctrina puede ser formulada en la Escritura de forma explícita (p. ej., la divinidad de Jesucristo). (ii) Es posible que una doctrina no esté explícitamente expresada en la Sagrada Escritura, aunque se reconozca como fundada en la Biblia (p. ej., la doctrina de María como *theotokos* está presente en la Escritura de forma implícita). (iii) Hay doctrinas que, según algunos, no van contra la Escritura y en este sentido se fundan en la Escritura; estas doctrinas se han desarrollado durante el curso de la historia en formas diferentes (piedad popular, tradición litúrgica, reflexión teológica, enseñanza de la Iglesia, etc.); no se mencionan explícitamente en la Biblia, pero su contenido está implícito en ella y es coherente con otras doctrinas atestiguadas en la Escritura.

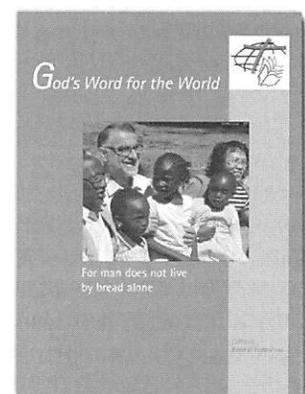
⁷ Un ejemplo puede clarificar lo que quiero decir con esto. Al enjuiciar las afirmaciones de la Declaración Final de ARCIC sobre el ministerio petrino, la Iglesia católica romana juzgó que la descripción de ARCIC I no expresaba la plenitud de la fe católica, la cual «ve en el primado de los sucesores de Pedro algo positivamente querido por Dios y que deriva de la voluntad y de la institución de Jesucristo», de la que Pedro recibió su primado «de forma inmediata y directa» (DS 3055; Respuesta católica, 18 en: Christopher Hill & Edward J. Yarnold (eds.), *Anglicans and Roman Catholics: The Search for Unity*, London 1994). La Respuesta católica alude a la definición del Vaticano I, pero no hace ninguna distinción entre el «contenido» y la «formulación» de la definición, y por tanto comprende la segunda parte de la definición en un sentido estrictamente histórico. La concepción, sin embargo, de que Pedro recibió su primado de Cristo «de forma inmediata y directa», es parte de la *formulación* históricamente condicionada del Vaticano I. Los Padres del Concilio

no eran concientes de los graves problemas que surgieron después, como consecuencia de una lectura histórico-crítica de los textos petrinus. Pero el *significado querido* por esa formulación, a saber que el primado se remonta a Cristo (una noción más amplia que la del «Jesús histórico») y es, en este sentido, positivamente querido por Dios, ciertamente no está excluido en la lectura de ARCIC II. Que el primado es positivamente querido por Dios, ya fue afirmado por ARCIC I cuando declaró que este primado viene de la Divina Providencia (*providentia divina*; Autoridad II, 13-15). Esta convicción es reafirmada por ARCIC II, cuando habla del primado como un «don de Dios» requerido por la unidad de la Iglesia universal, por la que Cristo ha rezado (Don, 46, 60). En esta línea de pensamiento, se puede decir que «deriva de la voluntad y de la institución de Jesucristo», incluso cuando esta expresión no se entienda en un sentido literal e histórico (Autoridad II, 11).

⁸ Esta tesis se inspira en el párrafo 7 del reciente documento ARCIC, María: Gracia y esperanza en Cristo (Declaración de Seattle), 2005: «En los párrafos siguientes, nuestro uso de la Escritura intenta inspirarse en el conjunto de la Tradición de la Iglesia, donde se han realizado ricas y variadas lecturas de los textos bíblicos. En el Nuevo Testamento, por regla general, se interpreta el Antiguo Testamento tipológicamente: acontecimientos e imágenes se comprenden con una específica referencia a Cristo. Ulteriormente, este acercamiento es desarrollado por los Padres de la Iglesia y por los predicadores y autores medievales. Los reformadores acentuaron la claridad y suficiencia de la Escritura e invitaron a volver a la centralidad del mensaje evangélico. Los métodos histórico-críticos intentaron descubrir el significado propuesto por los autores bíblicos y dar razón del origen de los textos. Cada una de estas lecturas tiene sus límites y puede dar lugar a exageraciones y desequilibrios: la tipología puede resultar extravagante, el énfasis de la Reforma reduccionista y los métodos críticos demasiado historicistas. Los acercamientos más recientes a la Escritura indican la variedad de lecturas posibles para un texto, sobre todo sus dimensiones narrativa, retórica y sociológica. En esta declaración intentamos integrar lo que es válido de cada uno de estos acercamientos, ya que ambos corrigen y contribuyen a nuestro uso de la Escritura. Además, reconocemos que no hay ninguna lectura de un texto que sea neutral, sino que cada lectura se forma a partir del contexto y el interés de sus lectores/as. Nuestra lectura se ha realizado en el contexto de nuestro diálogo en Cristo, por amor de aquella comunión que es su voluntad. Se trata, pues, de una lectura eclesial y ecuménica que quiere considerar cada pasaje sobre María en el contexto del Nuevo Testamento en su conjunto, sin perder de vista el horizonte del Antiguo Testamento y a la luz de la Tradición».

Nuevo material publicitario de la FEBIC

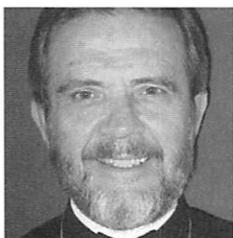
En estos últimos tiempos una de las preocupaciones de la Federación ha sido conseguir que los materiales publicitarios sean accesibles, y el pasado año esto se ha concretado en dos publicaciones de carácter informativo: un prospecto (prospecto informativo de la FEBIC) y un folleto más grande (*La Palabra de Dios para el mundo*). Ambas publicaciones hacen una presentación de la Federación para los lectores/as. Presentan también sus múltiples tareas y objetivos, ofrecen información sobre lo que sucede en el campo de la pastoral bíblica en varias regiones y presentan al lector/a una selección de proyectos. El prospecto se publica en alemán y el folleto *La Palabra de Dios para el mundo* en inglés y alemán por el momento, pero pronto se publicará en español, francés y también en italiano. Ambas publicaciones se pueden pedir a la Secretaría General.





La Sagrada Escritura y la unidad cristiana: reflexiones desde un punto de vista ortodoxo

Theodore G. Stylianopoulos



Theodore G. Stylianopoulos, sacerdote griego ortodoxo, es profesor de Teología Ortodoxa y Nuevo Testamento en la Escuela Griega Ortodoxa de Teología de la Santa Cruz en Brookline, Ma., USA. Durante muchos años ha sido miembro de la Consulta Ortodoxo-Católica en los USA y del Comité Central del Concilio Mundial de Iglesias.

Me siento muy honrado de participar en este Congreso Internacional en ocasión del 40° aniversario de la Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación *Dei Verbum* del Vaticano II. El tema de esta conferencia propone un examen de aquellos atributos de la Sagrada Escritura que promueven el principio de unidad. En mi opinión hay en la *Dei Verbum* tres características fundamentales de la Escritura que definen su naturaleza y requieren la unidad de los cristianos. Son: 1) la primacía, 2) el carácter eclesial y 3) el testimonio teológico de la Escritura. Estas características básicas, inseparablemente entrelazadas, atraen al pueblo de Dios hacia la unidad. Sin embargo, la unidad de los cristianos nunca ha sido uniformidad sino que siempre ha incluido pluralidad y diversidad. En particular, los estudios bíblicos e históricos del siglo pasado han iluminado mediante un asombroso desarrollo y variedad de formas el lenguaje, conceptos, enseñanzas, prácticas, modelos y métodos de interpretación asociados con la tradición bíblica en el judaísmo y en el cristianismo. La discusión sobre la unidad, por tanto, también debe contemplar la cuestión de la legítima diversidad. Hoy, en vista de la pluralidad y de las antiguas tradiciones de las diversas Iglesias, hablar sobre la unidad de los cristianos puede ser realista en la medida en que la diversidad permitida recibe lo que le es debido. La cuestión de cómo hay que tratar la unidad y la pluralidad es, desde luego, un tema teológico y hermenéutico importante que ocupa un lugar central en la vida de la Iglesia y en la labor ecuménica.

1. La primacía de la Escritura

El término «primacía» como tal no aparece en el texto de la *Dei Verbum*, probablemente por una cuestión de prudencia. En el catolicismo romano la primacía se ha asociado con el Papa. En el protestantismo a menudo ha servido como una palabra código que expresa el énfasis en la *sola scriptura* – sólo la Escritura como el baremo de la fe y de la vida. En la ortodoxia primacía se refiere a la vida de la Iglesia vista en su plenitud: clero y laicado.

Quizás la razón más inmediata para la omisión de este término es la preocupación de la *Dei Verbum* por no disminuir el valor de la tradición y la autoridad de la Iglesia en la interpretación de la Escritura, cuestiones de enorme importancia para la Iglesia católica romana y para la ortodoxa.

La *Dei Verbum*, sin embargo, no deja duda sobre el status normativo y la prioridad de la Escritura como revelación divina. La Escritura pone de manifiesto la auto-revelación personal de Dios y la revelación de su designio eterno para la salvación de todos (*Dei Verbum* 2, 6). El evangelio es la «fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta» (*DV* 7). La Escritura es «el alma de la teología» y «su cimiento perdurable» (*DV* 24). La Iglesia ha considerado siempre como «suprema norma de su fe» la Escritura (*DV* 21). Así pues, la primacía de la Biblia se ha promulgado con fuerza, aunque con una calificación significativa relativa a la tradición y a la autoridad de la Iglesia. La Escritura es central y suprema, pero «unida a la Tradición» (*DV* 21, 24). El punto es sutil pero claro; no es la *Sagrada Tradición* la que es central y suprema *junto con la Sagrada Escritura*, sino al revés.¹ Primacía, sí; exclusividad, no, porque Escritura y Tradición van juntas, puesto que proceden de la misma realidad: la presencia personal de Dios y su actividad liberadora. Como es sabido, el Vaticano II dio un paso hacia adelante al declarar en la *Dei Verbum* que hay una fuente de revelación, «el depósito sagrado de la Palabra de Dios» (*DV* 10) que se manifestó por medio de la unidad integral entre Escritura y Tradición. El decreto es muy prudente cuando afirma que ese sagrado depósito de la fe fue encargado a la Iglesia y su interpretación fue confiada «sólo al Magisterio vivo de la Iglesia» (*DV* 10). Estas cuestiones, por supuesto, siguen siendo temas cruciales en el diálogo ecuménico.

El mayor beneficio que la unidad de los cristianos ha recibido en el siglo XX ha sido la renovación bíblica de la Iglesia católica romana, una renovación que ha incidido en todos los aspectos de su vida, teología y ministerios. Desde luego, el «redescubrimiento» virtual de la Biblia en el catolicismo romano fue propuesto y formulado por el Vaticano II. Su larga preparación se llevó a cabo por medio de un notable resurgimiento y florecimiento de los estudios bíblicos en el ámbito católico romano en conexión con los biblistas protestantes que predominaron en el siglo XX.² No obstante las tensiones y los problemas



al respecto, especialmente aquellos relacionados con el uso adecuado de los métodos de la crítica bíblica, el beneficio de conjunto ha sido inmenso y oportuno. Oportuno, en cuanto que, justo cuando el Consejo Mundial de Iglesias, el principal órgano ecuménico y forum de innumerables Iglesias, parecía estar perdiendo fuerza durante las pasadas décadas,³ la Iglesia católica romana asumió la tarea a través de diálogos bilaterales. Ahora parece haberse convertido en la voz más potente para la unidad de los cristianos, sostenida por los esfuerzos ecuménicos y el testimonio universal del Papa Juan Pablo II.⁴ El beneficio también es inmenso en cuanto que, en un mundo de creciente secularismo y pluralismo religioso, aquellos que trabajan para mantener viva la esperanza de la unidad entre los cristianos, luchando para vencer las divisiones entre cristianos del todo vergonzosas y auto-destructivas, están realizando un servicio extremadamente valioso y sagrado a Cristo que nos llama a la unidad. En el centro de este inesperado rol ecuménico de la Iglesia católica romana se encuentra, en gran medida, el compromiso con el principio de la primacía de la Biblia. En otras palabras, la fuerza de inspiración y el logro ecuménico de la Iglesia católica romana están en relación con el reconocimiento y aplicación de la Sagrada Escritura por lo que la Escritura es en realidad: la constancia suprema de la revelación de Dios y de la verdad liberadora para el pueblo de Dios. La esperanza en el futuro y las iniciativas efectivas hacia la unidad dependerán de la común obediencia de todas las iglesias a la verdad de la Escritura en cuanto revelación de la Palabra de Dios para la salvación y unidad de toda la humanidad.

Desde la posición ortodoxa la enseñanza de la *Dei Verbum* sobre la primacía de la Escritura se ha aceptado casi en su totalidad. El origen divino y la centralidad de la Biblia están expuestos con toda claridad. Se afirma el vínculo entre Escritura y Tradición. La autoridad magisterial de la Iglesia al servicio de, y no por encima de la Palabra de Dios, como lo afirma la *Dei Verbum* (DV 10), está indicada correctamente.⁵ El único punto significativo de debate es la naturaleza de la autoridad magisterial de la Iglesia que, por un lado, la coloca en el ministerio del Papa y, por otro, en el ministerio del episcopado compartido expresado en los concilios. Este tema ha sido objeto de debate entre los católicos romanos y los ortodoxos durante siglos.⁶ Para los ortodoxos, en lo referente a la unidad de los cristianos, el gran desafío es la cuestión de la renovación bíblica. Resulta paradójico que, mientras el culto y la teología ortodoxos están saturados del lenguaje y de las verdades de la Escritura, la vida actual del pueblo ortodoxo no está suficientemente motivada por el mensaje evangélico de la Biblia. Los estudios bíblicos ortodoxos, por varias razones, han quedado recluidos en el ámbito académico, sin ningún impacto significativo ni en la teología contemporánea ortodoxa ni en la línea de pensamiento y acción de la mayoría de sacerdotes y líderes laicos.⁷ Así pues, el testimonio de los

Padres de la Iglesia sobre la primacía de la Escritura – testimonio invocado y celebrado formalmente muy a menudo – no se ha actualizado adecuadamente en el nivel de la vida actual de la Iglesia. El mensaje profético y evangélico de la Escritura parece haber quedado innecesariamente sepultado bajo siglos de aspectos institucionales y de costumbres que necesitan ser renovados y revitalizados por el poder de la Palabra del Dios vivo.⁸ Evidentemente yo puedo decir todas estas cosas porque soy ortodoxo y amo la madre Iglesia. Mi principal crítica, sin embargo, es la siguiente: los dones y contribuciones de la ortodoxia a la causa de la unidad de los cristianos hoy y en el futuro – si esto se toma realmente en serio por amor a Cristo –, no se pueden actualizar de forma completa, sin una auténtica renovación bíblica a través de la promoción de los estudios bíblicos y la aplicación del principio de la primacía de la Escritura a todos los niveles y aspectos de la vida eclesial.

En cuanto a los protestantes lo primero que hay que hacer es agradecerles su constante defensa de la primacía de la Escritura por encima de todo. Las polémicas y los prejuicios no deberían disminuir el profundo aprecio que la Reforma siente por la gracia, el evangelio, la fe personal, la obediencia personal a la Palabra de Dios, los ministerios laicos, el evangelismo y la misión. Mucho nos queda por aprender de nuestros hermanos y hermanas protestantes. En lo que concierne a la unidad de los cristianos, sin embargo, las cosas son muy difíciles. El pluralismo absoluto del protestantismo ofrece, al menos en términos humanos, pocas esperanzas para poder dar pasos sustanciales hacia la unidad eclesial. La paradoja es que las mismas iglesias que proclaman la primacía de la Biblia están caóticamente divididas y se aferran a sus propias tradiciones. No puede haber una evidencia mayor porque el principio de la primacía de la Escritura, por muy auténtico y definitivo que sea, no basta para conseguir la unidad de los cristianos. La verdadera unidad no se puede obtener sin referencia a la cuestión de la interpretación normativa de la Escritura, como enseña la *Dei Verbum*, es decir, todo el tema del papel de la Iglesia y de la Tradición en la formación, transmisión e interpretación de la Escritura. ¿Es posible que un mayor número de protestantes defina rotundamente la *sola scriptura*, no ya como un slogan polémico sino por lo que en realidad significa, es decir, la primacía de la Escritura, tal como fue enseñado desde antiguo por los Padres de la Iglesia y rescatado con fuerza por los reformadores?⁹ ¿Es posible que un mayor número de protestantes considere la Tradición clásica de la Iglesia universal como un punto de referencia obligado para la interpretación teológica de la Escritura y un paso hacia la unidad de los cristianos?¹⁰ ¿Es posible que un mayor número de protestantes camine hacia una comprensión católica de la fe igual que católicos y ortodoxos intentan caminar hacia una comprensión evangélica de la fe?¹¹ Solamente respuestas positivas a éstas y otras cuestiones parecidas pueden, gradualmente, crear



amplias corrientes de pensamiento teológico compartido y, así, establecer un amplio consenso entre las iglesias para discutir sobre problemas sustanciales y, por la gracia de Dios, progresar hacia la unidad.

2. El carácter eclesial de la Escritura

Por «eclesial» entiendo común, es decir, que nace de la vida de la Iglesia, que pertenece a la Iglesia, y por lo tanto, que atestigua y promueve el bienestar y la unidad de la Iglesia. Ya he mencionado la enseñanza de la *Dei Verbum* en cuanto a la única fuente de revelación, «el depósito sagrado de la Palabra de Dios» (DV 10), recibida, transmitida e interpretada autoritativamente en la Tradición viva de la Iglesia. A este respecto señalo que la autoridad de la Iglesia y de la Tradición, estrechamente vinculadas a la autoridad de la Escritura, no es simplemente una cuestión oficial y legal como se podría suponer en razón de la canonización de la Escritura. Los términos «eclesial» y «canónico», aunque relacionados, pueden distinguirse.¹² «Canon» y «canónico» fueron aplicados a los escritos bíblicos en el siglo tercero (Orígenes) y principalmente en el cuarto, mucho después de que estos documentos hubieran obtenido el status de Sagrada Escritura en la tradición cristiana. Incluso entonces, el término «canónico» implicaba algo intrínsecamente auténtico y verdadero, algo en lo que se podía confiar plenamente y seguir como modelo de fe y vida. Por supuesto, las decisiones episcopales y los decretos conciliares jugaron un papel en el proceso de canonización. Sin embargo, una comprensión legal de la formación del canon bíblico, como cualquier tipo de fundamentalismo bíblico o eclesial podría insinuar, será una distorsión de la verdadera naturaleza de la Escritura.

Más que a un proceso legal, los orígenes y la formación de la Biblia se parecen a un proceso de nacimiento, ya que nacen en el «seno» de la vida comunitaria del pueblo de Dios. La historia de la formación de la Biblia, paralelamente al testimonio de cada uno de los libros, es la misma historia del pueblo de Dios luchando con la Palabra de Dios, ya sea oral o escrita, tratando de apoyar y anticipar la vida, identidad, unidad y misión de la comunidad. Cuando la fe de la comunidad se percibe como un organismo vivo alimentado y guiado por el Espíritu de Dios y no meramente como una institución de leyes, costumbres y concilios, entonces el pleno significado del carácter eclesial de la Escritura se ve claramente como parte del trabajo del Espíritu y la vida carismática del pueblo de Dios. En el sorprendente simbolismo de la *Dei Verbum*, la realidad de la Palabra de Dios en la Escritura y en la Tradición, vivificada por el Espíritu Santo, es como un «espejo» en el que la Iglesia por su parte mantiene el rostro de Dios y Dios por su parte dialoga sin cesar con la novia de su Hijo querido (DV 7, 8). Así pues, según la *Dei Verbum* 8, «la voz viva del evangelio resuena en la Iglesia y por ella en el mundo entero, va introduciendo a los fieles en la verdad plena y

hace que habite en ellos intensamente la Palabra de Cristo» (cf. Col 3,16). Dos ejemplos pueden ilustrar este carácter eclesial e integral de la Escritura.

Entre los dones de Dios a Israel – la elección, las alianzas, el culto, las promesas y el Mesías –, el apóstol Pablo destaca también la Torá, a la que llama « las promesas de Dios» (Rom 3,2; 9,4-5). Pablo y otros autores del Nuevo Testamento invocan también la autoridad de un cuerpo mayor de escritos sagrados, «la ley y los profetas» (p. ej., Mt 5,17; Lc 16,16; Jn 1,45; Rom 3,21). El evangelista Lucas menciona las tres categorías del cuerpo emergente de las Escrituras Judías cuando se refiere «en la ley, [...] en los profetas y en los salmos» (Lc 24,44). Durante el siglo primero, sin embargo, la formación de las Escrituras todavía estaba lejos de ser completada tanto en el judaísmo como en el cristianismo. La elección de los libros y la dinámica de las comunidades eran muy fluidas y variadas, puesto que varios grupos, saduceos, fariseos, esenios y cristianos estaban definiendo e interpretando sus propias versiones de la Escritura. A pesar de sus diferencias, sin embargo, todas las partes compartían las convicciones comunes de que a) existía un corpus de documentos sagrados que fue inspirado por Dios y que expresaba su voluntad, y b) que estos textos sagrados pertenecían a la comunidad de la alianza con Dios, cuya identidad, unidad y vida alimentaban y guiaban. En palabras de Pablo: «Y sabemos que cuanto fue escrito en el pasado, lo fue para enseñanza nuestra, a fin de que, a través de la perseverancia y el consuelo que proporcionan las Escrituras, tengamos esperanza» (Rom 15,4).

Algunos siglos más tarde, San Ireneo fue el primero en despertar la cuestión de la relación entre Escritura, Tradición e Iglesia en el nivel de la reflexión teológica y hermenéutica.¹³ Ante las alternativas contrarias ofrecidas por los marcionistas, valentinianos y otros gnósticos, Ireneo defendía que las Escrituras pertenecían sólo a la Iglesia universal, a aquellos que desde el principio vivieron por la verdadera hipótesis («sentido principal» o «materia principal»)¹⁴ de la Escritura, es decir, la norma de la fe. Para Ireneo, la norma de la fe no comprendía más que las verdades básicas del evangelio, enraizadas en las escrituras judías y centradas en la redención por medio de Jesucristo, crucificado y resucitado. Estas verdades del evangelio estaban siendo salvajemente distorsionadas, ya que varios grupos rechazaron al verdadero creador, Dios y Padre de Jesucristo, cortaron sus lazos con la herencia judía, propusieron una jerarquía de divinidades y negaron la realidad de la encarnación y muerte de Jesús. Los marcionistas tenían su Biblia del Nuevo Testamento que comprendía el evangelio de Lucas y diez cartas paulinas, expurgadas de todas las demás cosas que Marción consideraba judías. Los valentinianos y otros produjeron un sinfín de nuevos libros de revelación en función de sus extrañas especulaciones. Más tarde, los montanistas defendieron la



igualdad o incluso superioridad de una serie de nuevas revelaciones en relación con la de Cristo. Pero la fe y la vida de la comunidad apostólica no estaban a merced de los vientos. La Iglesia universal defendió su apostolicidad precisamente porque podía demostrar fidelidad a la predicación y a la enseñanza apostólicas. Pudo contar con una red de líderes y comunidades, como Clemente de Roma, Ignacio de Antioquía y Policarpo de Esmirna que transmitieron y compartieron una visión unificada del evangelio y de la práctica apostólica. Finalmente, la comunidad apostólica pudo apelar a su propia Biblia cristiana del Antiguo y Nuevo Testamento, en coherencia con la corriente de su tradición apostólica y que funcionaba como parte definitiva de los modelos autorizados y de las señales que marcaban las fronteras de la Iglesia.

Hoy, gracias a los estudios bíblicos e históricos actuales, sabemos que los orígenes y la formación de la Biblia fueron extremadamente complejos. Múltiples tradiciones orales con su propio desarrollo y su constante adaptación precedieron la composición de los documentos bíblicos durante décadas e incluso siglos. No era infrecuente que los mismos documentos, como el Pentateuco y los evangelios, pasaran a través de un proceso de redacción, fueran compuestos y recompuestos según las necesidades de la comunidad de fe y las perspectivas de sus autores. Estos documentos ganaron autoridad en el seno de la tradición común sólo gradualmente, y principalmente a través de un proceso de selección y uso continuo, y no sin disensiones en la misma comunidad. Eventualmente el canon bíblico, desarrollado en diverso modo según las localidades,¹⁵ acabó incluyendo escritos tan diferentes como el Levítico y Daniel en el Antiguo Testamento, y como el evangelio de Juan y la carta de Santiago en el Nuevo.

Sin embargo, el fenómeno de la complejidad histórica y la diversidad de estos escritos acentúan la poderosa fuerza unificadora de la tradición religiosa y de la comunidad de fe. La incorporación de una tal variedad y diversidad de libros, perspectivas teológicas y prácticas en la Escritura solamente se explica por la enorme influencia de la Iglesia y de su Tradición. Los estudiosos protestantes hoy admiten libremente esta «relación orgánica» entre Escritura, Tradición e Iglesia, y también admiten que «reconocer la autoridad del canon es reconocer la autoridad de la Tradición que lo constituyó».¹⁶ Escritura, Tradición e Iglesia son parte de la misma corriente en la que Dios se relaciona con su pueblo, y ya no se pueden oponer una a otra como autoridades alternativas o puntos de partida alternativos. La Escritura no se puede oponer a la Iglesia y a su Tradición porque la misma Palabra de Dios hace comunidad con las huellas visibles de la historia.

Por otro lado, no se puede decir que la Iglesia está por encima de la Escritura porque, aunque la tradición de fe

de la Iglesia fue la piedra de toque en el reconocimiento de la autoridad bíblica, la Iglesia siempre es responsable y obediente a la Palabra revelada por Dios manifestada en la Escritura. Escritura y Tradición son interdependientes y se sostienen mutuamente.¹⁷ La antigua y debatida dicotomía de Escritura contra Tradición ha sido superada esencialmente. No cabe discutir si una está por encima de la otra. Igual que en el culto y en la enseñanza la Escritura moldeó la norma de la fe, así también la norma de la fe fue un factor decisivo en la selección de los escritos bíblicos. Así pues, el principio bíblico de la primacía de la Escritura está inseparablemente unido al principio eclesial del papel constitutivo de la Iglesia. Estos dos principios juntos, el bíblico y el eclesial, fundamentados en el culto y la enseñanza de la Iglesia siempre han intentado «crear unidad para la Iglesia, pero no una unidad que implique uniformidad»¹⁸. En otras palabras, el doble logro en la antigua Iglesia universal de la formación de un canon bíblico y de la tradición interpretativa que lo acompañó, al mismo tiempo que da lugar a una notable creatividad y variedad, proporciona el paradigma clásico y el modelo histórico en lo referente a la unidad de los cristianos para todas las generaciones.

3. El testimonio teológico de la Escritura

Con el adjetivo «teológico» no quiero indicar algo separado de lo «histórico» sino más bien lo que en último término es significativo en la historia, es decir, lo que los cristianos conocen y confiesan como experiencias salvíficas, convicciones salvíficas y verdades del misterio revelado, aunque siempre misterioso, del Dios único y trino. Los principios bíblicos y eclesiales de los que he hablado antes ya establecen posiciones teológicas fundadas en el testimonio de la misma Escritura. Aquellos que se mantienen unidos a la Biblia y a la Iglesia con la seriedad y el compromiso que la misma Escritura enseña tendrían que ser capaces de llegar a un consenso en términos amplios.¹⁹ Las cuestiones candentes sobre la unidad de los cristianos, sin embargo, conllevan otros temas específicos adicionales como la comprensión de la redención en Cristo, la relación entre Palabra y sacramento, la naturaleza de la autoridad y el orden en la Iglesia, el ministerio del Papa y la por tanto tiempo discutida cuestión del *filioque* entre cristianos occidentales y orientales.²⁰ Estos y otros temas continuarán siendo objeto de debate en las diversas formas de diálogo ecuménico. La publicación de la *Declaración conjunta sobre la doctrina de la justificación* de 1999 hecha por católicos y luteranos es un ejemplo revitalizador de crecimiento ecuménico. Desde luego, todavía queda mucho por hacer, y tiene que hacerse con discernimiento, paciencia y oración mientras crecemos en unión de mentes y corazones. Lo que me gustaría sugerir a este respecto es la perspectiva del testimonio teológico de la Escritura, a fin que pueda servir como contexto que favorezca la discusión de los temas específicos más debatidos.



¿Cuál es el objetivo central de la Biblia? Proclamar y celebrar la auto-donación de Dios al mundo y junto con este mensaje invitar a todos los hombres y mujeres a compartir la vida de amor y santidad de Dios. El texto de la *Dei Verbum* lo dice claramente: «Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, [...] Dios invisible [...] movido de amor, habla a los hombres como amigos, [...] trata con ellos [...] para invitarlos y recibirlos en su compañía» (DV 2). Por otra parte, el pueblo de Dios responde agradecido a Dios con una actitud de obediencia y fe, confiando totalmente en Dios, compartiendo la amistad con Dios y con los demás por medio de la escucha reverente y la proclamación llena de confianza de la Palabra de Dios, para que «todo el mundo con el anuncio de la salvación, oyendo crea, y creyendo espere, y esperando ame» (DV Proemio y 1, 5).

El discurso teológico avanza invariablemente en círculos concéntricos hacia la abstracción. Los participantes a menudo pierden de vista la diferencia entre los árboles y el bosque. Permítanme señalar algo que es obvio: la existencia cristiana es ante todo un modo de vivir con Dios, un modo de encontrarse personalmente con Cristo, un modo de vida comunitaria en el Espíritu, en oración, culto, santidad, rectitud y servicio, un modo de vida que quiere dar testimonio de Dios y su Reino. Desde esta perspectiva nada resulta más autorizado y efectivo, más accesible e inspirador que el uso y aplicación de la Escritura para la vitalidad espiritual y la guía moral del pueblo de Dios.²¹ Pero también a este respecto, la esperanza más profunda para la unidad de los cristianos reside en un profundo arrepentimiento y amor a Cristo, en una renovación del corazón y de la vida. Los Padres de la Iglesia nos han enseñado que la lectura de la Escritura debe ir acompañada de arrepentimiento sincero, oración ferviente, pureza de corazón y vida virtuosa. La esencia de la cuestión no es un mero conocimiento de la Biblia sino la puesta en acto de la Biblia en la vida personal y comunitaria.²² Sin este nivel de vida de fe, de devoto seguimiento, de amor por los hermanos y hermanas, de renovación espiritual y responsabilidad orante ante Dios, sólo pueden existir somnolientos vacíos eclesiales que ninguna discusión doctrinal ni sabiduría ecuménica jamás podrán colmar.

La perspectiva teológica de la Escritura está resumida en la Buena Nueva cristiana: el evangelio de Cristo y la salvación en su nombre. Jesús en su persona y ministerio no sólo proclamó sino que también encarnó y puso en acto la presencia activa y el poder de la norma de Dios. Exorcizó demonios, curó enfermos, perdonó pecadores, invitando a todos al banquete del amor de Dios. Los primeros cristianos, después de los acontecimientos de la cruz y resurrección de Jesús, colocaron al mismo Cristo en el centro de su proclamación. El apóstol Pablo declaró que el evangelio no solamente narra sino que es la revelación de la justicia de Dios y la fuerza para la salvación de todos los que creen (Rom 1,16-17). Las dos

cosas, el mensaje de Jesús sobre el reino de Dios y el evangelio apostólico sobre la redención en Cristo no eran solamente nuevas enseñanzas teológicas sino la proclamación de bendiciones reales manifestadas en la vida transformada de aquellos que se unieron al movimiento de Jesús. Así pues, el objetivo de conjunto de la Biblia, así como el propósito del evangelio, conduce a los creyentes hacia la unidad a través de la participación en la victoria de Dios sobre las fuerzas del mal, el don de Dios de una vida nueva en Cristo y el Espíritu, la inauguración divina del nuevo mundo de Dios, donde el amor, la misericordia, la justicia, la paz y la alegría se asientan y reinan. Acoger este mensaje vivificador en el corazón y arrimar el hombro en la tarea de manifestar la norma de Dios en el mundo es dar ejemplo y testimonio del mensaje revitalizador de la Escritura como una llamada a la fe, reconciliación y unidad. Los hombres y mujeres se convierten en «biblias vivientes» (*empsychoi bibloi*) según la sorprendente imagen de los Padres de la Iglesia.

El evangelio es el núcleo indiscutible del mensaje de la Biblia, el centro de toda la historia bíblica. El evangelio es la Palabra de Dios, palabra activa, palabra de vida. Pero también es un mensaje que contiene declaraciones sobre la verdad. El foco de estas declaraciones contenidas en los evangelios ilumina en todas las direcciones.

Por ejemplo, la proclamación de que Jesús es Señor y que nadie puede confesar esta verdad sino guiado por el Espíritu de Dios (1 Cor 12,3; cf. 8,6), presupone una profunda experiencia de Dios como Padre, Hijo y Espíritu, y ha conducido durante siglos a la articulación de la histórica doctrina trinitaria. De este modo, por medio de la explicación de la tradición doctrinal de la Iglesia, la confesión bíblica en el Dios verdadero y viviente como Padre, Hijo y Espíritu Santo se convierte en el fundamento de la Iglesia universal y la piedra de toque de la unidad entre los cristianos. Análogamente, el evangelio como Palabra de Dios, lejos de ser una especie de oráculo desencarnado y aislado, se dirige a personas concretas «de una fe en continuo» (Rom 1,17) y crea una comunidad histórica, la realidad de la Iglesia como cuerpo de Cristo y templo del Espíritu Santo. El verdadero significado de la alianza acentúa la unidad entre Dios y su pueblo en el Antiguo Testamento, por un lado, y entre Cristo y la Iglesia en el Nuevo, por el otro. Todos estos elementos de revelación, Dios, la Palabra de Dios y sus acciones y la comunidad de la alianza forman una unidad compacta y constituyen un mandato para la unidad de los cristianos, mandato que la carta a los Efesios expresa de manera muy elocuente: «Uno solo es el cuerpo y uno solo el Espíritu, como también es una la esperanza que encierra la vocación a la que han sido llamados; un solo Señor, una fe, un bautismo; un Dios que es Padre de todos, que está sobre todos, actúa en todos y habita en todos» (Ef 4,4-6).



Para poner otro ejemplo, el evangelio como criterio de verdad hace de puente entre los dos testamentos, y también entre el pasado, presente y futuro de la Iglesia. Respecto al Antiguo Testamento, es el evangelio el que anuncia su culminación en Cristo y las implicaciones doctrinales del evangelio que proporcionan el modelo de su interpretación como Escritura cristiana. Respecto a la Iglesia, es el evangelio el que vincula la nueva vida en Cristo con la herencia judía y establece la perspectiva doctrinal en cuanto a la fe y la moral gracias a la cual la Iglesia vive y transmite las bendiciones y verdades recibidas de Dios. Ya me he referido al evangelio como base de la norma de la fe, gracias a la cual la Iglesia se mantuvo fiel ante las asombrosas y desviadas enseñanzas sobre Dios, el Antiguo Testamento y la encarnación y muerte de Cristo defendidas por Marción y otros gnósticos. Fue a través del mismo sentido doctrinal que subyace en el evangelio y que es clarificado por la norma de la fe, cuando las circunstancias lo requieren, que el Nuevo Testamento fue seleccionado y reunido en el canon sagrado, convirtiéndose en el principal modelo de vida y pensamiento cristianos. En todos estos casos, sin embargo, la Iglesia y su Tradición jugaron un papel decisivo, no separadas del evangelio sino en la interpretación y aplicación del mismo. La Escritura siempre interpretó la Escritura.²³ En este sentido aquellos que trabajan seriamente por la unidad de los cristianos pueden estar de acuerdo con las palabras de la *Dei Verbum*: «Por eso la Iglesia no saca exclusivamente de la Escritura la certeza de todo lo revelado» (DV 9).

Hoy día se oyen algunas voces que, reclamando legitimidad académica, defienden ideas tan radicales y revisionistas como cualquiera de las que defendían los gnósticos en el siglo II. Se oye decir que los mismos apóstoles se equivocaron en todo. El apóstol Pablo supuestamente se equivocó cuando declaró que había un solo evangelio apostólico (1 Cor 15,1-11; Gal 1,6-9), porque supuestamente había muchos evangelios, y virtualmente todos ellos diferentes del verdadero objetivo y mensaje del Jesús «histórico», que todavía espera una definición de parte de esas voces disidentes que no se ponen de acuerdo. Se oye decir que los primeros cristianos vivían en un estado de completa confusión, que los así llamados «proto-ortodoxos» eran un pequeño grupo entre los muchos que existían en el siglo II, pero que fueron ganando terreno a través de crueles supresiones o de alternativas mejores de parte de obispos opresores y normas eclesiales muy rígidas. Éste es un caso en el que la conexión con la cultura moderna y post-moderna, igual que pasó con la cultura helenística, convierte la teología en una ideología salvaje. La respuesta inequívoca a estos argumentos tiene que ser la misma que dieron los antiguos cristianos: la verdad del evangelio apostólico, la norma de la fe y el testimonio de la Iglesia histórica exigen fidelidad y unidad, por que sin ellas no hay evangelio ni futuro para la Iglesia.²⁴

La Sagrada Escritura contiene una asombrosa diversidad de tradiciones teológicas, culturales e históricas. La canonización de la Escritura de ninguna manera implica que todas las tradiciones y enseñanzas de la Iglesia sean igualmente auténticas y válidas.²⁵ El Nuevo Testamento muestra una rica variedad de títulos cristológicos, imágenes de la Iglesia y perspectivas teológicas. El hecho de que varias tradiciones del Nuevo Testamento pongan el acento en las enseñanzas de Jesús o en sus poderes curativos, o que algunas tradiciones subrayen la muerte y resurrección de Jesús, mientras otras su humillación y exaltación o su descendimiento y ascensión, no significa necesariamente que existan evangelios y comunidades divergentes, sino más bien aspectos diferentes y enriquecedores del mismo evangelio en la vasta tradición de la Iglesia. La variedad y diversidad encuentran la unidad en su convergencia en Cristo, en el corazón de la Buena Nueva, así como en la historia general de la Escritura. Las bendiciones del mismo evangelio, cuyo corazón es Cristo y su obra salvífica, son interpretadas diversamente por el apóstol Pablo como justificación, expiación, redención, nueva creación y glorificación. No es necesario aislar y ni mucho menos oponer el significado de estos conceptos clave. Las categorías de pensamiento forenses y transformativas están ambas presentes en Pablo como también lo están en Atanasio.²⁶ Por medio del diálogo el ortodoxo puede aprender a leer la historia de la salvación no sólo en la perspectiva de la *theosis* (deificación) sino también en la de la justificación, mientras protestantes y católicos pueden abrirse a aprender lo contrario.

En forma análoga, la diversidad y las luchas atestiguadas en la Iglesia primitiva no cancelan necesariamente la estructura unitaria de la Iglesia en torno a Cristo, el evangelio y los elementos fundamentales del orden eclesial. El apóstol Pablo tuvo que resignarse a abandonar una misión brillante para dirigirse a Jerusalén y encontrarse con Santiago, Pedro y otros para salvaguardar la unidad del cuerpo de Cristo. La visión de la Iglesia primitiva era lo suficientemente amplia para incluir en su canon los evangelios de Mateo y Juan, pero no los evangelios gnósticos de Tomás y de la Verdad. Justino Mártir testimonia que la Iglesia en el siglo II era suficientemente grande para incorporar a los judíos cristianos, que perseveraban en la obediencia a la ley mosaica, siendo al mismo tiempo fieles al evangelio de la encarnación, muerte y resurrección de Cristo, pero no lo suficientemente grande para incorporar a los ebionitas, valentinianos y marcionistas.²⁷ Más adelante, la red de líderes, comunicaciones y ayuda mutua entre las comunidades cristianas de Jerusalén, Cesarea, Antioquía, Corinto, Éfeso, Esmirna, Roma y Lyon proporcionan pruebas evidentes de la unidad de la Iglesia universal, lo cual es a la vez un don y un logro en las vicisitudes de la historia.²⁸ De hecho, sin confianza, comunicación, orden y disciplina, incluso los credos no bastan para crear unidad.²⁹ El evangelio apostólico, la norma de la fe, el testimonio y orden de la Iglesia histórica pueden servir de piedras de



toque para la unidad de los cristianos hoy, en la gran tarea de reclamar la plenitud de la Escritura y de la Iglesia en nuestro tiempo.

(Trad.: N. Calduch-Benages)

- ¹ Joseph A. Fitzmyer, *Scripture, the Soul of Theology*, New York 1994, pp. 79-80, interpreta este punto de la *Dei Verbum* con gran agudeza: «La Escritura se puede considerar como la *norma normans non normata*, la norma que normativiza (pero) sin ser normativizada, porque no se puede manipular (*unverfuegbar*) ni por la Tradición ni por el Magisterio. [...] La Tradición, sin embargo, es la *norma normata* (la norma normativizada), es decir, es normativizada por la Escritura. Así pues, en relación con la Tradición, la Escritura es la fuente de la vida de fe en la comunidad cristiana y, por consiguiente, la fuente de la teología».
- ² Esta historia y sus correspondientes controversias la citan muchos, incluido Joseph A. Fitzmyer (ver arriba, nota 1) y Raymond E. Brown, especialmente en: *New Testament Essays*, Doubleday 1968 y *Biblical Exegesis & Church Doctrine*, New York 1985.
- ³ Esto no significa que se desprece el valioso trabajo realizado por el Consejo Mundial de Iglesias a través de sus Faith & Order Conferencias y sus documentos teológicos sobre todo: *Baptism, Eucharist and Ministry*, Geneva 1982, que ha recibido una difusión vastísima entre las Iglesias de todo el mundo. Ver también: *Apostolic Faith Today*, ed. Hans-Georg Link, Geneva 1985 y *Confessing the One Faith*, Geneva 1991.
- ⁴ Un ejemplo significativo es la encíclica papal *Ut unum sint* («Para que sean una sola cosa») con la que Juan Pablo II invitó a las Iglesias y a los teólogos a que hicieran críticas constructivas al ministerio petrino como un instrumento de unidad ecuménica.
- ⁵ La perspectiva ortodoxa sobre estos temas se encuentra reflejada en numerosos artículos de Georges Florovsky recogidos en: *Bible, Church, Tradition: An Eastern Orthodox View*, Vol. One, *The Collected Works of Georges Florovsky*, Belmont 1972.
- ⁶ Un modelo de afirmación ortodoxa se encuentra en: Kallistos Timothy Ware, *Primacy, Collegiality, and the People of God*, en *Orthodoxy: Life and Freedom, Essays in Honour of Archbishop Iakovos*, ed. Angelos J. Philippou, Oxford 1973, pp. 116-129. Ver también los estudios recientes sobre el ministerio petrino realizados por teólogos católicos romanos y ortodoxos en: *Il ministero petrino: cattolici e ortodossi in dialogo*, ed. Walter Kasper, Roma 2004.
- ⁷ A causa de las barreras lingüísticas, es difícil saber exactamente lo que está sucediendo en varios países ortodoxos. En cuanto a Grecia se refiere, en un interesante artículo sobre Escritura y teología ortodoxa publicado en la revista *Theologia* 56 (3, 1985), pp. 504-518, Savas Agourides, el decano de los estudios de Nuevo Testamento, sitúa los estudios bíblicos griegos en el contexto de la dinámica socio-política de la Grecia moderna luchando hacia la modernización en medio de corrientes provenientes del tradicionalismo bizantino y la Ilustración. En este contexto social ambiguo e incierto, según Agourides, los estudios bíblicos se retiraron en academias seguras, intimidados por el tradicionalismo bizantino, reclamando falsamente el espíritu de los grandes Padres de la Iglesia y fracasando en su intento de contribuir a una renovación del pueblo griego por medio de la integración de la Escritura y la vida cultural de la Iglesia. Para más información sobre los estudios bíblicos ortodoxos y bibliografía, ver Theodore G. Stylianopoulos, *The New Testament: An Orthodox Perspective*, Brookline, 1997. Holy Cross Press está a punto de publicar varias conferencias (octubre 2003) sobre la interpretación de la Escritura realizadas por estudiosos ortodoxos en: *The Greek Orthodox Theological Review* 47 (1-4, 2002, número retrasado) y en un volumen separado con el título: *Sacred Text and Interpretation: Perspectives in Orthodox Biblical Studies, Papers in Honor of Savas Agourides*, editado por el presente autor.

- ⁸ A nivel de la jerarquía, el Metropolita Chrysostomos del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla hace una invitación moderada a la Iglesia para que introduzca algunos cambios en cuanto al rejuvenecimiento de los ministerios laicos, al matrimonio después de la ordenación para los diáconos, y algunas adaptaciones en cuanto al ayuno en un escrito *¿Ekklesia gerasmene? (¿Una Iglesia adulta?)* publicado en *Episkepsis*, 1 de febrero de 1991, un boletín del Centro Ortodoxo del Patriarcado Ecuménico de Ginebra. Sin embargo, dada la arrolladora autoridad de la Tradición en la conciencia ortodoxa, que incluye un fuerte clericalismo, el Metropolita tiene que hablar con mucha prudencia e incluso justificar la puesta en marcha del laicado como una tarea legítima y permisible. A nivel popular, en las últimas décadas, la fuerte y persistente – y a veces también estrepitosa – llamada a la renovación en la Iglesia ortodoxa llevada a cabo por Eusebius Stephanou, un sacerdote griego ortodoxo y antiguo profesor de la Escuela Griega Ortodoxa de Teología de la Santa Cruz, que ha sido más bien marginado por su estilo excesivamente protestante (los críticos no son muy positivos), ha tenido un gran impacto en la vida de los relativamente nuevos cristianos ortodoxos norteamericanos, mientras que por otro lado la voz de Stephanou ha sido por mucho tiempo una voz en el desierto. Entre sus libros se cuentan: *Desolation and Restoration in the Orthodox Church*, Fort Wayne 1977, *Pathway to Orthodox Renewal*, Fort Wayne 1978), y *Sacramentalized but not Evangelized*, Destin 2005.
- ⁹ Paul R. Hinlicky, *The Lutheran Dilemma*, *Pro Ecclesia* 8 (4, 1999), pp. 394-95, sostiene que el polémico principio de *sola scriptura*, basado en la noción de que la Biblia se interpreta a sí misma, se auto-destruye en razón de las interpretaciones divergentes siempre en aumento, y que el modelo clásico es *prima scriptura*, not *sola scriptura*, lo que pondría en duda la misma doctrina trinitaria.
- ¹⁰ A este respecto hay que señalar también la alarmante pérdida de autoridad bíblica en las principales Iglesias protestantes, provocada por la aculturación y secularización de la época moderna y post-moderna, especialmente en lo concerniente a doctrina, género y sexualidad. Destacados estudiosos protestantes, lamentando el «caos y devastación» en las principales Iglesias de América, invitan al cambio y se esfuerzan en «reclamar» la Biblia para la Iglesia, no sólo a nivel de estudios teológicos sino sobre todo en los corazones y mentes de los mismos creyentes. Ver *Reclaiming the Bible for the Church*, eds. Carl E. Braaten y Robert W. Jenson, Grand Rapids 1995.
- ¹¹ En los Estados Unidos, el Centro de Teología Católica y Evangélica, dirigido por Carl E. Braaten y Robert W. Jenson, que ha publicado la revista *Pro Ecclesia* desde 1992 y unos 15 libros, ha funcionado como un forum de gran influencia para la convergencia de tradiciones católicas y evangélicas. Ver, por ejemplo, *Reclaiming the Bible for the Church*. Los ortodoxos generalmente encuentran más dificultad en dialogar con los evangélicos. Ver *Three Views on Eastern Orthodoxy and Evangelicalism*, ed. Stanley N. Gundry, Grand Rapids 2004.
- ¹² Harry Gamble, *The Formation of the New Testament Canon and Its Significance for the History of Biblical Interpretation*, en: *A History of Biblical Interpretation*, Vol. 1, *The Ancient Period*, eds. Alan J. Hauser y Duane F. Watson, Grand Rapids 2003, pp. 418-21, señala que la formación de la Biblia fue esencialmente el resultado del culto y predicación cristianos más que de decisiones canónicas, ya sean episcopales o conciliares. Afirma que la Escritura se recibió como autorizada y coherente en base a su historia y su mensaje de conjunto, y no por sus límites externos numéricamente determinados.
- ¹³ Ver la reciente obra de John J. O'Keefe y Russell R. Reno, *Sanctified Vision: An Introduction to Early Christian Interpretation of the Bible*, Baltimore 2005, pp. 33-44.
- ¹⁴ Así Harry Gamble, *The Formation of the New Testament Canon*, p. 420.
- ¹⁵ Resulta interesante que la antigua Iglesia siríaca incluyera sólo 22 libros en el canon del Nuevo Testamento, indicando que en la canonización de la Escritura el valor reside en su cuerpo visto como un todo y no en sus precisos límites numéricos.

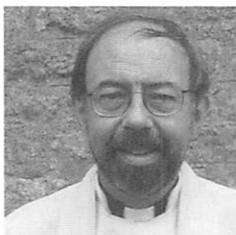


- ¹⁶ Harry Gamble, Canon: New Testament, en: Anchor Bible Dictionary, Vol. 1, ed. David N. Freedman, New York 1992, pp. 858-59.
- ¹⁷ Por Tradición entiendo aquellas creencias y prácticas asociadas a la norma de la fe, es decir, el sentido doctrinal depositado en la Tradición de la Iglesia. Todas las Iglesias tienen tradiciones valiosas gracias a las cuales viven, pero no todas las tradiciones pueden establecerse como absolutas para la unidad de los cristianos. La distinción entre tradiciones con una «t» minúscula y Tradición con una «T» mayúscula es útil y válida, pero sigue dejando abierta la cuestión de su aplicación concreta. Además, precisamente como en el caso de la Escritura, no se puede hablar de «fundamentalismo» de la Tradición porque la Tradición viva de la Iglesia siempre ha incluido la creatividad y ha rechazado el mero compromiso con un dogmatismo sofocante y la negación de la libertad de pensamiento. Ver Alister E. McGrath, *Reclaiming Our Roots and Vision: Scripture and the Stability of the Christian Church*, Reclaiming the Bible for the Church, p. 85, quien cita positivamente a Jaroslav Pelikan, *The Vindication of Tradition*, New Haven 1984. Ver también: Georges Florovsky, *Bible, Church, Tradition*, conocido por su insistencia en adquirir la mente de la Escritura y de los Padres, sin citarlos de modo servil.
- ¹⁸ Rowan Greer, *Biblical Authority in the Early Church*, en: *The Anchor Bible Dictionary*, Vol. 1, pp. 1026-27.
- ¹⁹ Uno de los méritos de los estudios bíblicos modernos, según Raymond R. Brown, *New Testament Essays*, p. 38, es que «han determinado con precisión cuántas de las divisiones tradicionales entre los cristianos realmente derivan de la Biblia y cuántas son producto de un desarrollo teológico post-bíblico». En otras palabras, el acceso a la Biblia a través de estudios críticos equilibrados proporciona una base común para superar las cuestiones tradicionales que son motivo de división.
- ²⁰ Una solución teológica a esta cuestión está disponible gracias al trabajo de la Comisión Fe y Orden del Consejo Mundial de Iglesias, pero su recepción por las iglesias es comprensiblemente muy lenta debido a la falta de preparación pastoral como base de las acciones ecuménicas sólidas. Ver *Spirit of God, Spirit of Christ: Ecumenical Reflections on the Filioque Controversy*, ed. Lukas Vischer, Geneva 1981 y Theodore G. Stylianopoulos, *The Filioque: Dogma, Theologoumenon, or Error?*, en su libro *The Good News of Christ*, Brookline 1989, pp. 196-232.
- ²¹ Una de las características más sorprendentes de la *Dei Verbum*, junto con su fundamentación teológica, es su énfasis en la accesibilidad de la Biblia y la recomendación de su lectura al clero, a los religiosos/as y al laicado, equiparando la ignorancia de la Escritura a la ignorancia de Cristo (*DV* 25).
- ²² James C. Howell, *Christ Was like St. Francis*, en: *The Art of Reading Scripture*, eds. Ellen F. Davis y Richard B. Hays, Grand Rapids 2003, pp. 101-03.
- ²³ El tema de la hermenéutica es muy amplio y no lo podemos tratar aquí. Yo lo he afrontado en: *The New Testament: An Orthodox Perspective*. Basta decir que en la tradición judía y cristiana la variedad en la interpretación es indiscutible y es vista como parte de su riqueza. Los estudiosos también desempeñan un papel importante en el uso eclesial, interpretación y aplicación de la Biblia. Las dificultades surgen cuando los estudiosos pierden completamente sus vínculos eclesiales, su preocupación por la verdad teológica y su pérdida de autoridad bíblica. El resultado es una ciencia académica artificial cuyos resultados son inútiles para la vida y misión de la Iglesia. El principal problema en la ciencia bíblica no está en los métodos sino en las presuposiciones filosóficas de la Ilustración que contaminan los resultados.
- ²⁴ Esta defensa teológica no permite, por supuesto, eludir la tarea de la demostración histórica por medio de una ciencia equilibrada y sólida. Ver Luke Timothy Johnson y William S. Kurz, *The Future of Catholic Biblical Scholarship*, Grand Rapids 2002. Johnson, pp. 19-24, critica severamente las perspectivas historiográficas de los estudiosos radicales cuyos análisis y reconstrucciones acaban por trivializar la Palabra de Dios y la realidad de la Iglesia.
- ²⁵ Ya el apóstol Pablo, basándose en el evangelio, dejó de lado las tradiciones legales y cúlticas del Antiguo Testamento como criterios de salvación para los cristianos gentiles. Los Padres de la Iglesia griega mostraron no pocas reservas sobre la enseñanza literal de la predestinación y de un reino milenarismo en las tradiciones apocalípticas del Nuevo Testamento. Para la mayoría de nosotros, hoy, es evidente que la institución de la esclavitud y la subordinación de las mujeres, apoyados por una lectura literal del Antiguo y del Nuevo Testamento, no son expresiones de la voluntad eterna de Dios.
- ²⁶ Para los ortodoxos, el brillante tratado de Atanasio «Sobre la Encarnación» es el modelo de referencia patristica para la enseñanza de la *theosis*, la comprensión de la salvación como libertad ante el poder de corrupción, y la transformación en Cristo y el Espíritu. Sin embargo, a menudo pasa desapercibido que en la misma obra Atanasio habla de la muerte de Cristo en la cruz como «el centro de la fe» (*Sobre la Encarnación*, 19), que Cristo «murió en favor de todos» y «a cambio de todos» (8-10), y que Él «carga la maldición puesta en nosotros» para «saldar la cuenta del ser humano» y liberar a la humanidad de «la primera trasgresión» (25). Por otro lado, los luteranos discuten el tema de la unión con Cristo en Lutero y descubren la doctrina de la justificación en los siete concilios ecuménicos! Ver Georg Kretschmar, *The Lutheran Doctrine of Justification and the Seven Ecumenical Councils*, Lutheran Forum, Summer 2000, pp. 112-19, y Carl E. Braaten y Robert W. Jenson, eds. *Union with Christ: The New Finnish Interpretation of Luther*, Grand Rapids 1998.
- ²⁷ *Diálogo con Trifón*, 35.6; 47.3.
- ²⁸ El especialista ortodoxo en patristica John Behr, *Scripture, the Gospel, and Orthodoxy*, en *St. Vladimir's Theological Quarterly* 43 (3-4, 1999), pp. 223-48, discute con fuerza sobre la unidad doctrinal basada en el evangelio en la Iglesia primitiva en contra de Walter Bauer's *Orthodoxy and Heresy* (1934), pero concede que el evangelio «nunca ha sido perfectamente manifestado o realizado en ninguna comunidad» y que no hay ninguna «edad de oro de la pureza teológica o eclesial que se haya perdido», p. 225. Behr considera que la norma de la fe es una concreción de las implicaciones doctrinales del evangelio, pero concluye declarando que no hay nada «como el desarrollo dogmático, [...] sino explicaciones siempre nuevas, más detalladas y exhaustivas elaboradas en defensa de la única y misma fe», p. 248, indicando así la dificultad que tienen los ortodoxos para aprobar la naturaleza histórica de la fe cristiana. Se podría, desde luego, aducir que «el desarrollo dogmático» pertenece no al misterio inmanente de Dios como Trinidad sino precisamente a las «detalladas explicaciones» de ese misterio reveladas e interpretadas en la Escritura y en la Tradición, con nuevos y decisivos elementos de comprensión y explicación que entran en juego.
- ²⁹ Sobre la necesidad ecuménica de una disciplina eclesial en nuestros días, ver Ephraim Radner, *To Desire Rightly*, in *Nicene Christianity: The Future for a New Ecumenism*, ed. Christopher R. Seitz, Grand Rapids 2001, pp. 213-28, quien entre otras cosas afirma «la auto-organización de la Iglesia es evangélicamente esencial, y no un simple apoyo funcional», porque el desorden eclesial «destruye la realidad del evangelio», p. 226.



La Sagrada Escritura y la unidad cristiana: reflexiones desde un punto de vista anglicano

John Muddiman



John Muddiman es un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra. Enseña Teología en la Universidad de Oxford y es George Caird fellow para el Nuevo Testamento en el Mansfield College. En 1991 fue nombrado miembro de la Segunda Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana (ARCIC II).

En mi calidad de miembro anglicano de la Segunda Comisión Internacional Anglicana-Católica Romana (ARCIC II), me he sentido honrado y he recibido encantado la solicitud que se me hiciera de participar en el 40° aniversario de la *Dei Verbum*. Éste ha sido y sigue siendo un documento capital que ha echado los cimientos para el renacimiento de la ciencia bíblica católica, lo cual, a su vez, ha tenido una incidencia de gran importancia y sumamente positiva en la labor ecuménica de la Iglesia. En este breve texto, he de indicar primero algunas evaluaciones sobre el documento mismo; en segundo lugar, uno o dos comentarios sobre lo que se podría desear agregar cuarenta años después; y por último, algunas observaciones sacadas de la declaración más reciente de ARCIC, *María, gracia y esperanza en Cristo*, para ilustrar el método de la hermenéutica ecuménica y la ayuda que los estudios bíblicos han dado al diálogo ecuménico.

1. Comencemos por algunas evaluaciones. Las proposiciones de la Constitución sobre la Divina Revelación, *Dei Verbum*, no pueden dejar de llamar la atención. La Escritura es el sujeto explícito de cuatro de sus seis capítulos y es citada a menudo en los dos primeros, sobre la revelación en sí y su transmisión. No era habitual ni común que un texto católico sobre este tema estuviera tan centrado en la Escritura y sólo ocasionalmente mencionara la teología natural o los desarrollos posbílicos.

Dos años antes de la promulgación de la *Dei Verbum*, la Cuarta Conferencia Mundial de Fe y Constitución en Montreal había publicado su célebre declaración sobre *La Escritura, la Tradición y las tradiciones*, que rechazaba la polarización polémica de la Escritura en oposición a la Tradición. *Dei Verbum* hizo lo mismo desde el punto de vista católico. Existe una sola fuente de la revelación, que es Dios mismo y, cito del N° 9 de la *Dei Verbum*, «La Tradición y la Escritura [...] manan de la misma fuente, se unen en un mismo caudal, corren hacia el mismo fin».

La unidad fundamental entre la Escritura y la Tradición autoriza al mismo tiempo el principio reformador de la conformidad con la Escritura como criterio para evaluar lo que es auténtico respecto de la Tradición apostólica y el principio hermenéutico de leer la Escritura a la luz de lo que puede y debe ser vivido en la fe, el culto y la vida de los cristianos. Gracias a esta declaración, breve, pero muy importante, se han abierto posibilidades nuevas entusiasmantes para el diálogo entre las confesiones.

Según el N° 8, la Tradición va creciendo en los fieles a través de su propio estudio y contemplación, y todo el capítulo 6 está dedicado a alentar a los fieles católicos en la lectura de la Biblia en traducciones nuevas en las distintas lenguas, hechas a partir de los idiomas originales. De esta manera, la Biblia abierta es restituida a todo el pueblo de Dios. Sólo entonces se mencionan otros instrumentos, como la predicación y el oficio del Magisterio de la Iglesia, que incluye la labor de los biblistas (Nos. 12 y 23), además de las reflexiones de los obispos. En otras palabras, atraviesa todo el documento un espíritu profundo de humildad, la convicción de que la autoridad de la Iglesia no es una coerción, sino un don de la gracia que viene de Dios. Por último, tan sólo deseo llamar la atención sobre las sabias palabras de la *Dei Verbum* referentes al tema de la inspiración. Ésta no anula las capacidades humanas de los autores (N° 12) y, por ello, es necesario tener en cuenta su intención original y el uso de formas literarias distintas. En el Antiguo Testamento, algunas indicaciones son incompletas o temporales (N° 15), pero siguen siendo vitales, como fuentes de la pedagogía divina. [Pues, al fin y al cabo, uno puede aprender de sus propios errores.] Y es asignada una preeminencia especial a los Evangelios (N° 18), los cuales, aún siendo fundamentalmente confiables como historia, también contienen reflexiones suscitadas por la fe de la Iglesia en Cristo resucitado y por su experiencia bajo la guía del Espíritu Santo. Aunque la piedad quizás esté un poco alejada del mundo de los estudios bíblicos académicos, el contenido de esta declaración, es decir, una posición crítica razonada, es intelectualmente defendible. Recientemente lo ha explicado con mayor detalle el texto de la Comisión Bíblica Pontificia titulado *La interpretación de la Biblia en la Iglesia*, respecto de la que no hay, en mi opinión, mejor introducción breve a los estudios bíblicos a nivel universitario. Según mi experiencia, el diálogo ecuménico no deja de ser amable y a menudo cordial: pero no puede



afirmarse lo mismo del otro diálogo que lo atraviesa, el diálogo entre la Iglesia y la Academia. En este sentido, la *Dei Verbum* ha abierto un capítulo nuevo de colaboración constructiva, en el que la crítica histórica desempeña un papel necesario, aunque no suficiente en sí mismo, para la interpretación bíblica.

2. La segunda parte de esta ponencia se refiere a lo que en la actualidad desearíamos agregar. Aun una enseñanza infalible, como la de un Concilio Ecuménico, no es infalible en lo que no dice, y en los últimos 40 años otras preocupaciones han ocupado la primera plana y podrían ser agregadas como notas al texto. De las muchas notas posibles, sólo he escogido dos. Primero, el reconocimiento de que la Biblia judía es Sagrada Escritura para judíos y cristianos y que, mientras leemos el Antiguo Testamento bajo la luz de Jesucristo, estamos moralmente obligados a llevar a cabo la lectura en un diálogo interreligioso con nuestros compañeros de fe en el Dios de Abraham, del que nos beneficiaremos intelectualmente. Ello implica, entre otras cosas, una formulación nueva y atenta de los argumentos extraídos de las profecías mesiánicas, que deje de lado las pruebas para abarcar panoramas más amplios de esperanza engendrados por el Antiguo Testamento. En el caso del Nuevo Testamento, el desafío es aún mayor. Los documentos canónicos han sido compuestos en la segunda mitad del primer siglo de la era común, un período caracterizado con frecuencia por dolorosas separaciones entre las formas del judaísmo cuyo centro era la Torá y aquellas cuyo centro era Cristo. Las polémicas recíprocas han dejado su huella en el texto. Pero cuando esos textos judíos han sido leídos más tarde por una Iglesia casi totalmente de origen pagano, fueron alimentando imperceptiblemente un antisemitismo latente, que ha sido condenado enérgicamente por todos los Papas recientes. Hoy en día, los estudios bíblicos están caracterizados por un nuevo diálogo fraternal entre judíos y cristianos.

La segunda nota se refiere a la aplicación de los métodos de las ciencias sociales al estudio de la Sagrada Escritura. No hay que tomar en cuenta sólo las formas literarias usadas por los autores inspirados, sino también sus contextos sociales. Aunque la sociología haya sido considerada primero con sospecha, como una disciplina atea y reduccionista, su aplicación a los documentos bíblicos ha resultado útil para echar luz sobre el sentido del texto. Una fe completamente encarnada y materialista como el cristianismo debería celebrar su ayuda, puesto que ha demostrado cómo, desde los primeros profetas judíos hasta el Profeta de Nazaret, la preocupación por la justicia social está inextricablemente vinculada a la preocupación por la verdadera fe. Ha sido destacada por esos estudios la insistencia bíblica en la Buena Nueva para los pobres. Menciono este aspecto porque raramente las cuestiones relacionadas con la ética social figuran en las discusiones ecuméni-

cas. Esto no sucede porque carezcan de importancia, sino porque, en general no son objeto de disputa entre nosotros. Y todos los Papas recientes han destacado estos problemas en su enseñanza.

3. En la parte final, y como homenaje a la influencia de la *Dei Verbum*, deseo decir algo sobre la interpretación ecuménica de la Escritura y, en especial, sobre la reciente labor de ARCIC.

Los cristianos tienen en común la Biblia: es una de las características que definen lo que significa ser cristiano. Pero los cristianos también han producido interpretaciones distintas de la Biblia y así ésta se ha vuelto al mismo tiempo fuente de división y base de la unidad. No alcanzaremos una unidad plena sobre el sentido de la Escritura hasta que no vivamos juntos en una unidad plena visible. Mientras tanto, hemos de practicar el arte que en ARCIC llamamos hermenéutica ecuménica. Se trata de un ejercicio de imaginación, de una proyección hacia el futuro de Dios. Frente a cada pasaje del texto, no sólo debemos preguntarnos qué significaba en sus orígenes, no sólo qué significa según mi propia tradición eclesial, sino también lo que significará cuando por fin seamos una cosa sola en Cristo.

Cuando mi amigo Adelbert Denaux y yo fuimos nombrados para la Comisión, teníamos pocas ilusiones sobre lo que podría pedírse nos: lo que yo llamo la actitud del «molinillo de pimienta» en el uso ecuménico de la Biblia. Nos invitarían a que sazonáramos las declaraciones comunes con un número adecuado de referencias bíblicas tranquilizadoras, en especial allí donde el texto fuera complejo o controvertido. La parte seria del trabajo le correspondería a los expertos en dogmática o teología moral. Pero ya en *El don de la autoridad*, la Biblia desempeñó un papel más significativo con el tema paulino del «Sí» de Dios a la humanidad en Cristo y el «Amén» que es nuestra respuesta a Él en Cristo. En el reciente documento sobre María, nuestro papel fue reconocido. En efecto, el desacuerdo entre católicos y anglicanos sobre los dogmas marianos es fundamentalmente una cuestión de interpretación de la Escritura, es decir, si se puede afirmar o no que la fe en la Inmaculada Concepción o la Asunción Corporal es conforme a la Escritura. Ninguna de las dos creencias es afirmada explícitamente en la Biblia, pero tampoco negada explícitamente. Carecen de testimonio histórico, pero, por lo menos en el caso de la Inmaculada Concepción, es difícil imaginar de qué manera podría haberles llegado un testimonio histórico de este hecho a los testigos apostólicos. El problema que teníamos no era, pues, si existen versículos oscuros cuyo *sensus plenior* puede ser interpretado como una implicación de estas doctrinas, sino si se adaptan, en su conjunto, al modelo bíblico de la gracia y la esperanza en Cristo. Comenzamos nuestra labor con una nueva lectura ecuménica de la Escritura y descubrimos con felicidad que en mucho



estábamos de acuerdo (por supuesto, este es el resultado de una generación entera de convergencia en los estudios bíblicos, puesta en movimiento por la *Dei Verbum*). Ya en el Nuevo Testamento, en especial en las obras de Lucas y Juan, la Madre del Señor tiene un papel clave en la Encarnación y la Pasión como símbolo de Israel que espera, y de la nueva creación realizada al pie de la Cruz y el día de Pentecostés. Los énfasis eclesiológico y escatológico de la enseñanza del Concilio Vaticano II hallaron confirmación en nuestra nueva lectura. También en la cristología había acuerdo pleno entre nosotros. Católicos y anglicanos afirman juntos que un corolario necesario de la recta fe en la Encarnación es que María debe ser llamada *theotokos*, y han intentado expresar esa fe litúrgicamente. Hemos notado que los calendarios de muchas provincias anglicanas han vuelto a introducir el 15 de agosto como fiesta mariana importante. Aunque los teólogos modernos quizá deseen revisar ciertas premisas antropológicas y

filosóficas en la forma de los dogmas marianos, llegamos a la conclusión de que su contenido concreto era esencialmente teológico, íntimamente relacionado con las doctrinas sobre Cristo, la salvación y la Iglesia. La santificación y glorificación por gracia de María son ejemplos señeros de una «escatología anticipada», es decir, la experiencia en el presente de la esperanza de la santidad y la gloria venideras, que es el auténtico centro del mensaje de la Biblia.

La inspiración mediada por el Concilio Vaticano II en sus distintas constituciones y en especial en la *Dei Verbum* ha fructificado, a lo largo de 40 años de diálogo ecuménico y a pesar de obstáculos y desilusiones, en un acercamiento cada vez mayor entre cristianos sobre la fe que compartimos.

(Trad.: S. Voicu) ■

La Sagrada Escritura y la unidad de la Iglesia: reflexiones desde un punto de vista metodista

Frances Young



Frances Young, profesora emérita de Teología en la Universidad de Birmingham, Inglaterra, es conocida a nivel internacional por sus publicaciones en el campo del Nuevo Testamento y de la Patristica. Fue ordenada pastora metodista en 1984 y ha trabajado ecuménicamente a lo largo de toda su carrera. En 1993 fue una de los ponentes en la Conferencia Mundial de Fe y Orden en Santiago de Compostela.

Introducción

La Escritura es aceptada conjuntamente por las mayores corrientes del cristianismo: ortodoxos, católicos, protestantes y pentecostales. Pero, al mismo tiempo, es un factor de división y las divisiones se dan *dentro* de las mismas confesiones y son hoy más profundas y vividas con mayor pasión que las propias líneas de fractura de las divisiones históricas. Reconociendo esta realidad, comentaré tres elementos claves de la declaración vaticana desde mi perspectiva de estudiosa del Nuevo Testamento y patróloga que se coloca en la tradición wesleyana. Al mismo tiempo, desarrollaré algunas razones para aceptar el pluralismo interpretativo, puesto que lecturas múltiples están contenidas en los símbolos de la fe.

1. Atender a la Escritura

La *Constitución Dogmática sobre la Divina Revelación* del Concilio Vaticano II afirma que: «En la composición de los Libros Sagrados, Dios se valió de hombres elegidos, que usaban de todas sus facultades y talentos, de este modo obrando Dios en ellos y por ellos, como verdaderos autores, pusieron por escrito todo y sólo lo que Dios quería» (DV 11). Por lo tanto, quien interpreta «debe estudiar con atención lo que los autores querían decir y Dios quería dar a conocer con dichas palabras» (DV 12). Así, esta declaración, que luego afirma la necesidad de atender a los géneros literarios y a las convenciones sociales del tiempo, opta por el llamado «método histórico-crítico». Se trata de un estímulo para quienes se dedican a los estudios bíblicos y, a decir verdad, el aporte de los biblistas católicos a la investigación profesional ha sido desde entonces abundante y notable.

Este acercamiento, ahora común, libera la Escritura de las ataduras de las interpretaciones heredadas del pasado, alcanzando dos resultados: el primero se presenta como un desafío, al comprobar que la Escritura mantiene una distancia que la hace ajena ante las culturas y las sociedades actuales; el segundo es la toma



de conciencia de su potencial para funcionar como un espejo, desde el momento en que se pueden establecer analogías entre el pasado y el presente que reconocen, a su vez, las semejanzas y las diferencias de los contextos humanos e históricos en que los cristianos se esfuerzan por seguir a Cristo. Para aclarar esta afirmación doy un ejemplo relacionado con el tema de la unidad de la Iglesia.

Con ocasión de la Quinta Conferencia Mundial de Fe y Constitución, celebrada en Santiago de Compostela en 1993, me habían solicitado que realizara estudios bíblicos que examinaran la Carta a los Gálatas. Precisamente la Carta a los Gálatas nos permite vislumbrar de qué manera la Iglesia primitiva enfrentó un dife-rendo importante, sobre un aspecto que entonces tenía especial significación como cuestión de principio y de identidad, pero que actualmente ha dejado de tener relevancia directa para nuestra situación. No se puede decir que se trate de un pasaje ecuménico clásico, puesto que nace de una situación de disenso; y, en realidad, su estudio provocó a su vez polémicas en el contexto de la conferencia. Puesto que el tema sigue suscitando discusión, se vuelve mucho más importante que el movimiento ecuménico enfrente la realidad de esta carta, que ha demostrado ser un espejo en el que se pueden reflejar las fuerzas, debilidades, oportunidades y amenazas para el movimiento ecuménico. Entre los puntos más importantes surgidos del estudio se encuentran las siguientes observaciones:

- La dinámica retórica de Gálatas apunta a la unidad: su finalidad es la de persuadir a los destinatarios de que no debían dejarse seducir por lecturas excluyentes o sectarias de la Escritura.
- La premisa del razonamiento de la carta es el respeto hacia las identidades distintas de judíos y gentiles.
- La Escritura y su interpretación constituyen ya el problema decisivo en Gálatas; la Escritura y la Tradición asumen, debido a la nueva situación, otro nivel de sentido, es decir, una lectura distinta, incluyente, y no excluyente, que pide que judíos y gentiles descubrieran la posibilidad de una comunión pese a las diferencias, apelando, más allá de Moisés, a Abraham, e indicando el llamado de Jeremías a las *ethne* («naciones», pero que en general designa a los gentiles en el Nuevo Testamento).
- Sólo *a posteriori* sabemos que Pablo era el verdadero apóstol, así como Jeremías había sido el verdadero profeta. Se infiere, pues, de la interpretación de Gálatas que la ecumenicidad exige la capacidad de conseguir que los radicales peligrosos permanezcan dentro de la tradición, pero, al mismo tiempo, también la de escuchar a los radicales peligrosos, esos profetas que llegan para agitar la Iglesia y provocar una comprensión nueva de los caminos de Dios.

- La argumentación sugiere que la ecumenicidad no puede ser la tolerancia blanda del mínimo común denominador, sino que, en cambio, implica confrontación y una respuesta tras haber escuchado, por difícil que sea, a quienes difieren.

La integridad no es negociable, pero tampoco excluye la posibilidad de cambiar.

Para el discípulo de Cristo la controversia no ha de ser un instrumento de vanidad, competencia y envidia, sino, por el contrario, la condición previa necesaria para la reconciliación, para descubrir cómo podemos llevar los unos las cargas de los otros. En cambio, ¿no podría ser que la fragmentación de la Iglesia sea quizá una condición previa para que ésta se convierta en un modelo de reconciliación en nuestro mundo fragmentado?

- Toda identidad excluyente queda rechazada de manera tal que debemos preguntarnos si no es que estamos convocados a dirigir nuestras miradas más allá del ecumenismo entre cristianos hacia el ecumenismo con otras religiones, dado que la Escritura también nos presenta el «Libro de la Creación» como revelador de Dios. Y si Dios es el creador de todo, ¿cómo puede excluir algo?

A partir de lo dicho, vale la pena observar que el método histórico-crítico nos indica que todos los pasajes clásicos sobre la unidad de la Iglesia (como Juan 15; 1 Corintios 10-13, en especial el capítulo 12; Romanos 13; etc.) han sido redactados en contextos de disensos y acaso de rupturas. Es decir que presentan un ideal que entonces apenas se realizaba. Verdaderamente, si estudiamos el Nuevo Testamento desde este punto de vista, lo que se destaca es el carácter penúltimo de la Iglesia militante aquí sobre la tierra. Hemos de ser al mismo tiempo «ahora» y «aún no». Se trata de una profunda contestación a la ideología eclesíastica. Las Iglesias, así como las conocemos, son instituciones que tienen las mismas características socioculturales de otras instituciones, a veces apegadas a una distorsión temporal cuyas características han sido heredadas de sociedades más antiguas, a veces tomadas, consciente o inconscientemente, de instituciones contemporáneas. Escuchar con atención la Escritura ilumina tanto nuestras luchas como nuestros ideales. Por lo tanto, mi primera consideración es una bienvenida a la aceptación de la crítica bíblica por parte del Vaticano II y, al mismo tiempo, un desafío a que permita que ésta logre modelar la eclesiología y, luego, las oportunidades ecuménicas.

2. Atender a la Tradición

Mi segunda consideración desafía a los protestantes a que acepten la importancia de la Tradición. La declaración del Vaticano II afirma que la Iglesia ha llegado a



conocer el canon completo de los libros bíblicos gracias a la Tradición, y gracias a ésta la Escritura se conoce de manera más profunda. La Escritura y la Tradición están vinculadas en una relación estrecha y recíproca, y ambas han de ser aceptadas y veneradas con la misma devoción y reverencia. Los protestantes, al reconocer en estas palabras una nueva versión de la posición clásica asumida por los católicos contra el lema de la Reforma, *sola scriptura*, quizá reaccionen con prevención. Sin embargo, quiero insistir sobre la importancia de esta posición para cualquier interpretación cristiana de la Escritura.

En las últimas décadas se ha visto una reacción contra el método histórico-crítico desde varias perspectivas. Algunos han insinuado que sólo produce lecturas «arqueológicas», alejando la Escritura de nosotros y nuestras necesidades. Mayoritariamente, las tentativas de responder a estas objeciones reflejan una gran influencia de la hermenéutica posmoderna; sin embargo, entre ellas se distingue un movimiento, llamado crítica del canon, que parece presentar mayor arraigo cristiano. Este último afirma que los libros deberían ser leídos como partes de un solo Libro y que, en lugar de concebir la Escritura como una biblioteca que contiene libros cuyos contextos históricos son múltiples (como lo son también a menudo sus fuentes), el sentido canónico debería ser buscado por medio de la lectura de cada pasaje en el contexto de la Biblia como totalidad.

En mi opinión, este acercamiento, por muy atractivo que pueda parecer para una lectura cristiana, es simplemente inadecuado. El canon no brinda una clave para su propia interpretación. La colección es difusa y, bajo ciertos aspectos, contradictoria. Aún dando por sentado que los libros que forman esta colección reiteradamente revelan una profunda conciencia de su propia «intertextualidad», sólo si se concibe una suerte de esquema o marco conceptual previo se puede alcanzar una perspectiva general desde la cual pueden ser interpretados los distintos pasajes escriturísticos. Lo que quiero decir es que el marco previo más adecuado para una lectura cristiana no se encuentra en uno de los marcos conceptuales del siglo XX, como la «revelación progresiva» o la «historia de la salvación», sino sólo en los credos clásicos.

El fundamento de esta aserción se encuentra en la situación y la contribución de san Ireneo, obispo de Lyon hacia fines del siglo II. Si se presta atención a este hecho, se percibe de inmediato la debilidad de la posición protestante respecto de la Tradición. Ireneo luchaba contra los gnósticos, gente que según él escogía textos que congeniaban con sus fines y los interpretaba según su propio esquema conceptual. Entonces no había aún un canon de la Escritura aceptado y tampoco criterios compartidos de interpretación, pues sólo comenzaron a definirse a partir de este conflicto. Para

Ireneo, la única posibilidad era apelar a la Tradición: a la costumbre y a los usos en lo referente a la lista de los libros leídos en la Iglesia y a la Regla de la Fe como marco que asegurara una lectura auténticamente cristiana de ese canon. Si no se atiende a esta Tradición, es posible, como insinúa Ireneo, disponer las teselas del mosaico de manera tal que representen un zorro en lugar del retrato de un rey. Ireneo reconocía que la lectura cristiana depende de una Tradición que abarca la Escritura y que el canon escriturístico de por sí no asegura que ésta sea leída de manera correcta.

La Regla de la Fe (o Canon de la Verdad) puede ser considerada de cierta manera como precursora de los símbolos de la fe. Sin tener aún una forma fija, la Regla de la Fe habla de tres personajes que componen una sola acción: el Padre y Creador de todo, cuyos planes se juegan en el marco de la historia total; el Hijo de Dios que se encarnó por nosotros y nuestra salvación; y el Espíritu Santo que hace que lo que ha de acontecer se transparente a través de la Escritura inspirada. El método histórico-crítico destierra la lectura doctrinal de la Escritura como anacrónica; sin embargo, la interpretación cristiana exige una lectura trinitaria. Por su parte, la crítica canónica no puede asegurarla; si da con ella, lo hace porque está incorporando inconscientemente elementos de la Tradición. Mejor sería, pues, que lo hiciera de manera explícita. La noción de que todo ha de ser medido con la vara de la Escritura es importante, pero el sentido no se limita a lo que se encuentra en ella: no hay un sentido identificable único, que se pueda describir como literal, evidente o histórico. La superestructura doctrinal del cristianismo fue edificada SOBRE la Escritura, no simplemente FUERA DE ella; y es decisivo reconocer que la plenitud del sentido de la Escritura pertenece a su futuro, no a su origen histórico. Los tesoros de la revelación son desvelados por el marco tradicional que permite que la Escritura sea leída de manera cristiana.

3. Atendiendo a la razón de ser de la Escritura

La declaración del Vaticano II afirma: «Quiso Dios, con su bondad y sabiduría, revelarse a Sí mismo y manifestar el misterio de su voluntad (cf. Ef 1,9): por Cristo, la Palabra hecha carne, y con el Espíritu Santo, pueden los hombres llegar hasta el Padre y participar de la naturaleza divina (cf. Ef 2,18; 2 Pe 1,4). En esta revelación, Dios invisible (cf. Col 1,15; 1 Tim 1,17), movido de amor, habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33,11; Jn 15,14-15), trata con ellos (cf. Bar 3,38) para invitarlos y recibirlos en su compañía» (DV 2), agregando una serie de referencias escriturísticas que apoyan esta declaración. Allí se reafirma que a todos los cristianos debe brindarse el acceso fácil a la Sagrada Escritura y se alienta a que las traducciones se ejecuten en colaboración con cristianos de otras denominaciones. La Palabra de la Escritura, prosigue, es fuente de alimento sano y santa vitalidad para el ministerio de la Palabra. De esta manera se asume la razón de ser de la Escritura finalizada a la



conversión de las mentes y los corazones, incluso de las comunidades; se trata de una perspectiva profundamente arraigada en mi propia tradición wesleyana y también en la literatura patrística. Si la Escritura ha de convertir los corazones en épocas y culturas distintas, debe estar abierta a todos, debe hablar para «nosotros y para nuestra salvación» muchas veces y de muchas maneras para dirigirse a las distintas situaciones de cada uno y, por ello, inevitablemente debe hablar con pluralidad de voces: debe haber muchas maneras en que podamos reconocernos en el texto, para que pueda convencernos y transformarnos.

La crítica literaria reciente ha destacado la importancia de las comunidades interpretativas, es decir, las distintas maneras en que los textos pueden ser leídos en diferentes contextos, formando así tradiciones interpretativas distintas. Si examinamos la historia de la exégesis o evaluamos las disputas sobre el sentido de la Escritura en nuestro propio mundo, vemos que el fenómeno se repite. Es, pues, vital que aprendamos el respeto a través del diálogo: hasta los fundamentalistas pueden enseñarnos algo. Necesitamos encontrar la humildad de no encadenar la Escritura. El mismo canon nos invita a reflexionar sobre el hecho de que hay cuatro Evangelios y no uno, y un Antiguo y un Nuevo Testamento, que no son iguales, pero se interpretan recíprocamente. Como los Padres no se cansan de indicar, se requiere la inspiración del Espíritu Santo para leer la Escritura. Agustín insistía en que la Escritura sólo puede ser interpretada en el amor y a través del amor. Los Padres también han reflexionado teológicamente sobre el hecho de que hemos recibido una revelación sólo porque Dios ha adaptado el ser divino a las limitaciones humanas.

Efrén el Sirio habla de una suerte de doble encarnación: en la carne y en el lenguaje. El Verbo ha revestido nuestras metáforas, imágenes y símbolos para poder comunicarse con nosotros. A su vez, Gregorio de Nisa explora lo inadecuado del lenguaje humano para expresar lo divino, reconociendo que el lenguaje humano ha de ir más allá de sus límites para acercarse a la verdad, y aún así nuestra comprensión de lo divino es limitada, porque Dios es infinito y no puede ser reducido a la medida de nuestras mentes. Constantemente la Escritura apunta más allá de sí misma y hay que progresar a través de distintos niveles de sentido. Efrén compara la Escritura a una fuente inagotable y nadie debe imaginar que el único tesoro que ha encontrado en ella es todo lo que hay: «Un sediento está feliz por haber podido beber: no se entristece por no haber sido capaz de agotar la fuente». No es de maravillar que los Padres encontraran sentidos múltiples a todos los textos.

Sin embargo, si hemos de atender a la razón de ser de la Escritura, los intérpretes más importantes deben ser quienes han aprendido a vivir el Evangelio de manera auténtica. La Escritura no debe ser vista como un libro

científico ni siquiera como un manual de doctrina: su finalidad es la creación de santos que viven su significado en una multiplicidad de vocaciones. Así pues, la exégesis más importante es la exégesis encarnada. Alguien, alguna vez, describió a un santo como una persona que nos hace sentir diez veces más grandes y mejores de lo que realmente somos: esa suerte de humildad, respeto y amor encarna la razón de ser de la Escritura y, al mismo tiempo, permite que ella hable de muchas maneras distintas para que quien ha caído pueda transformarse.

Conclusión

La declaración del Vaticano II se titula sobre la *Divina Revelación*. Sus primeros párrafos insisten en la prioridad de Dios. Concluye diciendo que «la vida de la Iglesia [...] recibirá un nuevo impulso de vida espiritual con la redoblada devoción a la Palabra de Dios, 'que dura para siempre' (Is 40,8; 1 Pe 1,23-25)». La lectura de la Escritura debe ser al mismo tiempo ecuménica y hecha para Dios y no para nosotros. Fácilmente, la Biblia es transformada en un arma para atacar a los demás; cuando esto acontece, se convierte en un instrumento de autojustificación o su lectura se vuelve defensiva y deformada. Puesto que la focalización en Dios de la declaración del Vaticano II contiene los ingredientes para un acercamiento en lo que respecta a la Escritura, ojalá que por lo menos entre las corrientes históricas de la cristiandad, divididas durante tanto tiempo por cuestiones que ahora pertenecen al pasado, encontremos la manera de convertir esos ingredientes en alimento para el futuro.

Para lograrlo es necesario:

- Un estudio intenso, porque no se puede negar que la Escritura ha surgido en un contexto histórico y su lectura es renovada por una atención sistemática a esta realidad.
- Aceptación de las tradiciones de lectura doctrinal, porque la Escritura no puede permanecer sola, el canon es a su vez un producto de la Tradición y la Tradición brinda el marco interpretativo en el que acontece la lectura cristiana.
- El compromiso de vivir como creyentes y comunidades creyentes, según las maneras fijadas en la Palabra de Dios, en cualquier circunstancia en que nos encontremos.

Debemos, pues, aceptar el pluralismo en la interpretación e insistir en que las lecturas múltiples están contenidas en los parámetros de los símbolos de la fe. El Vaticano II indica el camino.

(Trad.: S. Voicu)





Vida de la Federación

Alemania: Encuentro conjunto del Comité Ejecutivo y de los coordinadores

Del 5 al 10 de octubre de 2006, los miembros del Comité Ejecutivo y los coordinadores regionales y subregionales de la FEBIC se encontraron en la Abadía de los Benedictinos Misioneros de St. Ottilien (Alemania) para discutir y decidir el tema, fecha y cuestiones organizativas del programa de la próxima Asamblea Plenaria. Por su parte, el Comité Ejecutivo se reunió en su cuarta sesión desde las elecciones de 2002 para abordar temas específicos de su competencia. Por último, un encuentro especial de los coordinadores ha retomado el contenido del encuentro anterior, que se había celebrado en febrero de 2004, en Nairobi, Kenia.

Los coordinadores y el Secretario General han aprovechado la ocasión para evaluar la labor realizada desde el encuentro de Nairobi. En el centro de la atención se ha puesto en esta ocasión la intensificación del trabajo de conexión en las mismas subregiones y regiones y con la Secretaría General. Todos han estado de acuerdo en que las medidas decididas en Nairobi siguen siendo adecuadas, y que es necesario intensificar su utilización, es decir, la manera de relacionar de no pocas organizaciones miembros de la FEBIC.

Las medidas tomadas por las distintas subregiones para mejorar el intercambio de informaciones, experiencias y recursos han sido acogidas de manera muy positiva: en la subregión África y Madagascar las *Noticias del CEBAM*, que son trilingüe, han contribuido al intercambio entre las instituciones que se dedican a la pastoral bíblica; también las publicaciones sobre temas importantes de pastoral bíblica han sido acogidas favorablemente. Expongamos sólo tres ejemplos. En la subregión Asia del Sur-Este se ha emprendido una circular electrónica, que cuenta con la colaboración activa de un número creciente de miembros. Se trata, precisamente, de un medio de comunicación muy adecuado en regiones en las que los encuentros regulares son difíciles de realizar por las condiciones geográficas y, a veces, económicas. Por último, en la subregión Europa Central se está planeando un proyecto de colaboración dividido en tres áreas lingüísticas; también en este caso se trata de una respuesta adecuada a las circunstancias concretas de esta subregión.



Para que la próxima Asamblea Plenaria sea, como siempre, un acontecimiento relevante y significativo para toda la Federación, se ha puesto en marcha un proceso de preparación, al principio del año 2006, y luego la Secretaría General ha invitado a los responsables de la FEBIC, junto con los coordinadores nacionales para la pastoral bíblica de los países africanos a un brainstorming. Tras haber sido sistematizados, los resultados de esta primera fase de reflexión han sido transmitidos a todos los miembros de la FEBIC en agosto de 2006 junto con el pedido de presentar propuestas de temas concretos. La finalidad ha sido la de que en la elección del tema se tomaran en cuenta, en la medida más amplia posible, las experiencias y necesidades de toda la Federación.

Tras discusiones detalladas de los miembros del Comité Ejecutivo y los coordinadores de la FEBIC fue decidido el tema: «La Palabra de Dios – fuente de reconciliación, justicia y paz». El lema bíblico que lo acompaña será: «Deus caritas est – Dios es amor» (1 Jn 4,8.16). El tema se refiere en especial al contexto africano y, al mismo tiempo, asume los retos actuales para la pastoral bíblica en todo el mundo. La disponibilidad para la reconciliación, el compromiso por la justicia y el afán de paz son aspectos centrales del hacer cristiano, cuya base e instancia primera y última es el amor de Dios a los hombres y a la creación. Al mismo tiempo, el tema establece una relación con el Segundo Sínodo de los Obispos sobre África, programado para después de 2008 bajo el tema «La Iglesia en África y su ser-



vicio para la reconciliación, la justicia y la paz». Y, al hacer referencia a la primera encíclica del Papa Benedicto XVI, el lema bíblico «Dios es amor», tomado de la Primera Carta de Juan, también subraya la dimensión social de la fe cristiana.

Se ha decidido que la Asamblea Plenaria se celebrará del 24 de junio al 3 de julio de 2008 en Dar es Salaam, Tanzania. A la comunicación del tema de la próxima Asamblea Plenaria también se une la invitación para que todos los miembros de la Federación Bíblica Católica se ocupen concretamente, en su área y en el ámbito de sus tareas concretas y en el contexto social y religioso de su país y región, del tema «La Palabra de Dios – fuente de reconciliación, justicia y paz».

Todos los participantes en el encuentro de St. Ottilien han estado de acuerdo en que la próxima Asamblea Plenaria dedique amplio espacio a los aspectos regionales del tema y las experiencias de los miembros de la FEBIC.

El buen desenvolvimiento del encuentro de cinco días ha sido propiciado también por el contexto inspirador de la Abadía de los Misioneros Benedictinos de St. Ottilien. La síntesis entre una espiritualidad arraigada, la productividad material y espiritual, la contemplación totalmente orientada hacia la Palabra de Dios, la apertura apostólica y la perspectiva de la Iglesia mundial, que caracteriza St. Ottilien, ha dado alas a la labor de la FEBIC. Ya en otras dos ocasiones, las instancias de la FEBIC han podido disfrutar allí de la hospitalidad benedictina. Gracias de todo corazón. ■

Cuidado del Vaticano: XII Sínodo Ordinario de los Obispos sobre la Palabra de Dios

El 6 de octubre de 2006, el Papa Benedicto XVI anunció que el XII Sínodo Ordinario de los Obispos estará dedicado al tema: «La Palabra de Dios en la vida y la misión de la Iglesia» y se desarrollará en el Vaticano del 5 al 16 de octubre de 2008.

El papel que hoy la Palabra de Dios tiene (o tendría que tener) en todos los niveles de la vida de la Iglesia exige ser reconsiderado en los niveles más altos. En la vida cotidiana, bien lo sabemos en la FEBIC, hay dos factores muy importantes: el compromiso y la competencia en el trabajo de base y, a la vez, el interés, el apoyo y la competencia en la pastoral bíblica «desde lo alto». Gracias a su estructura, es decir, sus miembros y su trabajo concreto de conexión, la FEBIC auna ambos factores. «Al servicio de los obispos» y «trabajar en la base»: son éstas las dos características fundamentales de nuestra Federación. Esta experiencia global seguramente hace de la FEBIC un buen colaborador para el Sínodo anunciado.

Es de suponer que el XII Sínodo Ordinario de los Obispos sobre la Palabra de Dios pueda ser visto como una consecuencia lógica y teológica del anterior Sínodo, dedicado a la Eucaristía. La «igualdad», la unidad indivisible de la «mesa de la Palabra» y la «mesa del Pan», subrayada por *Dei Verbum* («La Iglesia ha venerado siempre las Sagradas Escrituras al igual que el mismo Cuerpo del Señor, porque [...] no ha dejado de distribuir a los fieles el pan de vida, tanto de la Palabra de Dios como del Cuerpo de Cristo», DV 21), encuentra en este «proyecto sinodal» su expresión concreta. Ya de por sí, este estado teológico de cosas representa un desafío y un objetivo para el Sínodo de los Obispos. Sin embargo, también esperamos recibir del Sínodo impulsos concretos para la pastoral bíblica de todo el mundo.

Agradecemos la documentación fotográfica a las siguientes personas e instituciones:

Adelbert Denaux (p. 4), John Muddiman (p. 19), Gabriel Naranjo Salazar, cm (p. 26), Österreichisches Katholisches Bibelwerk (p. 29), Theodore G. Stylianopoulos (p. 8), Frances Young (p. 19); demás: archivo de la FEBIC.



ÁFRICA

Ghana: 25 años de pastoral bíblica en Kumasi

Catholic Diocese of Kumasi
Biblical Apostolate – Diocesan
Pastoral Centre
P. Gabriel Acheampong
P.O. Box 5624
Kumasi
Ashanti
Ghana
Tel.: +233-51-27 955; 29 614
Fax: +233-51-255 67

Como la lluvia y la nieve caen del cielo, y sólo regresan allí después de empapar la tierra, de fecundarla y hacerla germinar, para que dé semilla al que siembra y pan al que como así será la palabra que sale de mi boca: no regresará a mí vacía, sino que cumplirá mi voluntad y llevará a cabo mi encargo. Estas palabras del libro de Isaías (Is 55,10-11) han sido el lema del XXV aniversario de la pastoral bíblica diocesana que celebró la arquidiócesis de Kumasi en Ghana en enero de 2006.

El obispo de Kumasi fue llevado en 1980 por un fuerte motivo a asumir un compromiso con la pastoral bíblica: la urgencia creciente de los problemas planteados a los que enseñaban la religión católica como consecuencia del éxito cada vez mayor de los grupos fundamentalistas cristianos. Por ello, Mons. Sarpong tomó una iniciativa para que los que enseñan religión pudieran recibir un conocimiento de la Biblia con sólidos fundamentos, movido por el deseo de darles instrumentos concretos para poder despertar el interés por la Biblia de sus estudiantes y alumnos y, de esta manera, motivarlos a un manejo consciente y responsable de la Escritura.



En poco tiempo, esta primera iniciativa se concretizó en un amplio abanico de estructuras destinadas a la pastoral bíblica, que abarcaban no sólo las clases escolares sino prácticamente todos los aspectos de la pastoral eclesial: el trabajo con los niños y los jóvenes, junto con el trabajo bíblico en las familias y las comunidades cristianas de base o la formación de catequistas y sacerdotes. El centro de este programa es lo que se llama actualmente «Programa básico de educación bíblica», un curso sobre la pastoral bíblica, organizado en varios años, dirigido a varones y mujeres, laicos y clérigos, comprometidos con las distintas facetas del trabajo bíblico. A lo largo de dos años, todos los terceros fines de semana se encuentran durante dos días, en los se les imparte una sólida formación bíblica y bíblico-pastoral que se abre con una introducción a la Biblia y sus libros para pasar luego a la enseñanza de métodos pastorales y didácticos, hasta llegar a la exposición de las cuestiones relacionadas con la fe personal. Al mismo tiempo, los participantes se comprometen a colaborar, paralelamente al curso, en la pastoral bíblica de sus comunidades, por ejemplo, dirigiendo círculos bíblicos, ocupándose de grupos de jóvenes, preparando candidatos al bautismo, etc. Para obtener el diploma final se exige un examen y la evaluación positiva del párroco sobre el trabajo llevado a cabo en la comunidad.

Más de 300 personas, varones y mujeres, ya han terminado el programa. Por eso, se imparte desde hace algunos años un segundo módulo de perfeccionamiento, en el que los graduados del curso básico se reúnen una vez por mes para intercambiar experiencias, profundizar conocimientos y familiarizar con ideas y sugerencias nuevas. Hace tiempo que los participantes llegan no sólo de la arquidiócesis de Kumasi sino de todo Ghana; y más de una comunidad religiosa envía a sus novicios y postulantes al curso.

¿Por qué tiene tanto éxito este programa de formación? El P. Gabriel Acheampong, coordinador diocesano de la pastoral bíblica, lo atribuye al equipo educativo que elabora los contenidos de los cursos y organiza los encuentros mensuales, compuesto por alrededor de 20 varones y mujeres que ya se han diplomado en el curso y ahora guían a los «nuevos». Ellos siguen formándose continuamente, mejorando así la calidad de los cursos; se



ocupan de los participantes y también están a su disposición para cuestiones personales; por último se encargan de buscar a personas capacitadas para reemplazar a quien no pueda seguir trabajando en el equipo. De esta manera se asegura que el funcionamiento del curso no dependa, como sucede muy a menudo, de una sola persona, con el riesgo de que todo se paralice ante cualquier tipo de percance, sino que esté garantizado por un equipo entero capaz de dar la continuidad y mantener la calidad.

Además de este programa formativo ejemplar, que ya ha sido imitado por otras diócesis, la archidiócesis de Kumasi ofrece muchas otras iniciativas y actividades para acercar a los hombres la Sagrada Escritura y su mensaje de esperanza. Se pueden mencionar, por ejemplo, la celebración anual de una semana bíblica, la organización de juegos de preguntas bíblicas o de otros tipos de torneos en las escuelas y las comunidades. Además, el P. Gabriel y su equipos tratan de incorporar actividades relacionadas con la Biblia en los programas educativos de las universidades y otros organismos formativos eclesiales. ■

AMÉRICAS

Panamá: V Encuentro de Pastoral Bíblica de la subregión América Latina y Caribe

Del 11 al 15 de julio de 2006 tuvo lugar en Panamá el V Encuentro de Pastoral Bíblica de la subregión América Latina y Caribe (FEBIC LAC). Cincuenta y dos representantes de las organizaciones miembros de la subregión, coordinadores de zona y representantes del Consejo Episcopal Latinoamericano (CELAM), provenientes de 15 países, han estudiado a través de ponencias, discusiones y grupos de trabajo el tema «La Palabra de Dios en la vida de la Iglesia: legado, pastoral y misión».

FEBIC LAC
P. Gabriel Naranjo, cm
Calle 65, N° 7-68, Apto. 403
Apartado Aéreo 51513
Santafé de Bogotá, D.C.
Colombia
Tel.: +57-1-347 01 18
Fax: +57-1-210 44 44
E-mail: febiclac@unete.com

Bajo la dirección del nuevo coordinador subregional, el P. Gabriel Naranjo, cm, el encuentro se ha propuesto contribuir y alentar la realización de la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, que tendrá lugar en mayo de 2007 en Aparecida (Brasil). El tema de la próxima conferencia será: «Discípulos y misioneros de Jesucristo, para que nuestros pueblos tengan la vida en Él»; el lema bíblico es «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,6).



El P. Gabriel Naranjo, cm, escribe al respecto en su informe:

«El tema se reflexionó siguiendo la dinámica del VER – JUZGAR – ACTUAR y su referencia bíblica, así:

Ver, 'yo soy el camino'	–	Nuestros pueblos	=	Realidad	–	Pasado
Juzgar, 'la verdad'	–	Discípulos	=	Convicciones	–	Presente
Actuar, 'la vida'	–	Misioneros	=	Compromisos	–	Futuro

Estos bloques dieron cuerpo a las tres principales jornadas de trabajo, enmarcadas a su vez pedagógicamente por la introducción y la conclusión que los antecedieron y siguieron.»

Además, el encuentro subregional se ha propuesto, entre otros objetivos, continuar el trabajo posterior sobre el Congreso Dei Verbum de Roma de 2005 y elaborar propuestas para la preparación de los temas de la VII Asamblea Plenaria de la FEBIC.



A continuación les ofrecemos algunos extractos de las conclusiones del encuentro:

«En este momento de nuestra historia en que la globalización aporta muchas posibilidades mientras que la pobreza y la exclusión parecen acentuarse, tiempo en que nuestros pueblos y culturas originarias toman conciencia de su identidad, tiempos de crisis política y social en que, mientras se busca madurar en democracia, hay tendencias al autoritarismo, tiempos de lamentable deterioro del medio ambiente ecológico y de las posibilidades de una vida digna, la Iglesia quiere acompañar el camino del pueblo latinoamericano, proclamando la Palabra de Dios como fuente de esperanza.

Como fruto de nuestro discernimiento y a modo de conclusiones, proponemos estas perspectivas-compromisos:

1. Profundizar la espiritualidad bíblica como capacidad de escuchar con asombro la Palabra de Dios y de ver su acción salvadora en nuestra historia; respuesta a la acción de Dios, conducida por el Espíritu, es la fe obediente e incondicional.
2. Asumir de hecho la Palabra de Dios como fuente de toda la vida y la pastoral de la Iglesia, especialmente de la catequesis y la liturgia.
3. Establecer como tarea prioritaria de la pastoral bíblica la formación de discípulos-misioneros, planteando el discipulado como camino de encuentro y de conversión continua, de amor y de fascinación creciente por Jesús, manifestación del Padre, que nos mueve al testimonio y a la misión.
4. Poner énfasis particular, de acuerdo con *DV* y la enseñanza del Magisterio de la Iglesia, en la formación bíblica permanente de todos los agentes pastorales: obispos y sacerdotes, seminaristas y diáconos permanentes, religiosos y religiosas, laicos y laicas comprometidos; promover centros de formación bíblica para el nivel inicial y avanzado.
5. Valorar y profundizar el papel de la mujer discípula en todos los ámbitos de la Iglesia, continuando el trabajo de hermenéutica de género y redescubriendo en particular las figuras femeninas de discipulado.
6. Iluminar con las Sagradas Escrituras las raíces y expresiones de nuestras culturas y religiosidad popular, de modo que nuestro pueblo pueda escuchar la llamada a convertirse y comprometerse en el seguimiento del Señor.
7. Promover la lectura orante y comunitaria de la Palabra de Dios, como acontecimiento vital de los discípulos de hoy.
8. Promover el ministerio de la Palabra e insistir en que las homilias sean adecuadamente preparadas y, atentas a la Palabra proclamada, iluminen el misterio que se está celebrando, y así nutran la fe del pueblo de Dios comprometiéndolo en acciones solidarias.
9. Vivir y evidenciar en nuestras comunidades que la Palabra de Dios y la Eucaristía, los excluidos y la historia son signos de la presencia de Jesús entre nosotros y alimento básico de la espiritualidad de los discípulos/discípulas – misioneros/misioneras.
10. Continuar la apertura al diálogo ecuménico, convirtiendo la Palabra de Dios en lugar privilegiado de encuentro fraterno y camino hacia la unidad querida por Jesús.
11. Promover la lectura bíblica desde los excluidos: los campesinos y los indígenas, las mujeres y los niños, los migrantes y los negros».

El informe del P. Gabriel Naranjo y las conclusiones se encuentran en la página Web de la FEBIC. Se ha planeado recopilar la documentación, que podrá ser pedida a la Secretaría General.



EUROPA / MEDIO ORIENTE

Eslovaquia: Encuentro de los directores de la subregión Europa Central en Marianka

Del 5 al 8 de septiembre 2006 tuvo lugar en Marianka, en los alrededores de Bratislava (Eslovaquia), el encuentro de los directores de la subregión Europa Central de la FEBIC, en el que participaron representantes de diez naciones.

Al inicio del encuentro se ofreció la oportunidad de un intercambio con dos representantes del grupo de proyecto *Biblia* que, sobre todo, trató sobre proyectos actuales y posibilidades de cooperación en el futuro. A continuación, un lugar importante ocuparon los informes sobre los países de parte de cada una de las asociaciones bíblicas y del informe de la Secretaría General de la FEBIC presentado por Claudio Ettl. De este modo se dio a conocer cuán variadas son las actividades de cada uno de los miembros; van desde propuestas acreditadas como los campamentos bíblicos para niños y jóvenes (por ejemplo en Rumania y en Eslovaquia), pasando por traducciones de la Biblia en curso (la Biblia en romaní) y la ampliación de proyectos existentes, por ejemplo, publicaciones y ofertas de Internet así como comentarios a las lecturas dominicales o guías para los lectores, hasta propuestas nuevas como cursos de pastoral bíblica de fácil acceso.

Además, los participantes se dedicaron de manera especial a la orientación de cara al futuro y a establecer los puntos centrales del trabajo en la subregión. Así a turno se escogió el comité ejecutivo; a él pertenecen para los tres años venideros el coordinador subregional Anton Tyrol (Eslovaquia), así como Dieter Bauer (Suiza), Theo Kersten (Países Bajos), Rudi Koncilija (Eslovenia) y Bela Tarjanyi (Hungria). Al mismo tiempo se establecieron cambios importantes para el futuro. Así la subregión deberá mantener una presencia amplia en Internet en las páginas de la Asociación Bíblica Católica eslovaca (www.kbd.sk) y se han planeado proyectos que sobrepasan el nivel nacional (como por ejemplo, los campamentos de jóvenes comunes entre Rumania y Alemania y entre Eslovaquia y Alemania). Además, para ello se ha pensado en ofrecer publicaciones y contribuciones en Internet y también coloquios según los grupos lingüísticos, para de este modo alcanzar determinados tipos de objetivos.



El encuentro se redondeó con otros tres puntos del programa: una reunión con el presidente de la Conferencia Episcopal eslovaca, Mons. Frantisek Tondra, que enfatizó la importancia central de la pastoral bíblica y animó a los participantes a no abandonar su compromiso; una conferencia del P. Norbert Höslinger, pionero de la pastoral bíblica de Europa Central y del Este, que trató sobre la actividad bíblica y litúrgica de Pius Parsch; y, por último, una visita guiada por la ciudad de Bratislava que puso a la vista la rica herencia judía y cristiana de esta metrópolis del Danubio.

(Informe: Anton Tyrol)

Austria: 40 años de la Asociación Bíblica Católica y 80 años de la revista *Biblia y Liturgia*

El 21 de octubre de 2006 la Asociación Bíblica Católica de Austria («Österreichisches Katholisches Bibelwerk-ÖKB») festejó con una celebración en el monasterio de Klosterneuburg un doble jubileo: la fundación de la Asociación hace 40 años y la primera aparición de la revista *Biblia y Liturgia* hace 80 años.

A raíz del Concilio Vaticano II se crearon muchas asociaciones bíblicas católicas en todo el mundo. La Asociación Bíblica Católica austriaca fue fundada el 1 de septiembre de 1966,

Katolícke biblické dielo
Pbro. Anton Tyrol
Jilemnického 32/A
059 21 Svit
Eslovaquia
Tel.: +421-52-775 70 47
Fax: +421-52-775 70 47
E-mail: svit@kbd.sk

Österreichisches
Katholisches Bibelwerk
Pbro. Wolfgang Schwarz
Stiftsplatz 8
Postfach 48
3400 Klosterneuburg
Austria
Tel.: +43-2243-32 93 80
Fax: +43-2243-329 38/39
E-mail:
sekretariat@bibelwerk.at
Website: www.bibelwerk.at



un año después que finalizara el Concilio, como institución de la Conferencia Episcopal austriaca por medio del cardenal Dr. Franz König. Se escogió para su sede el monasterio de Klosterneuburg, porque el canónigo agustino de Klosterneuburg Pius Parsch ya antes del Concilio Vaticano II había fundado el «Apostolado bíblico de Klosterneuburg» como complementario del «Apostolado litúrgico popular» y por medio de ambos había iniciado un movimiento bíblico y litúrgico. La revista *Biblia y Liturgia* que hasta la fecha se sigue publicando en Klosterneuburg fue creada en 1926 por Pius Parsch.

Con la creación de la ÖKB los obispos austriacos mostraron claramente que para ellos la difusión de la Sagrada Escritura es un objetivo especial a la que una sola institución eclesial debe dedicarse, ya que la Palabra de Dios es necesaria para la vida de la Iglesia y para todos los bautizados. Por eso, la Asociación Bíblica Católica difundió la Sagrada Escritura en varias ediciones e intentó que la Biblia llegara a las personas en múltiples maneras. A esta tarea se dedican empleados en la pastoral bíblica de las diócesis austriacas a través de una gran cantidad de propuestas.

Para que muchas personas, también para aquellas que viven muy lejos de una librería puedan tener acceso a la literatura bíblica y religiosa, la ÖKB ha creado una venta de libros por correspondencia y una tienda Internet para que se puedan pedir todos los libros disponibles. Este tipo de librería y la compra de revistas bíblicas así como la distribución de la Biblia como libro escolar son las bases económicas para el funcionamiento de la Asociación. Así pues, las iniciativas para despertar el interés por la Palabra de Dios, para recordarla, para que las personas se entusiasmen por ella, requieren una gran aportación económica. A través del número decreciente de los que asisten a los servicios religiosos y de los/las estudiantes que participan en la clase de religión, hay que encontrar nuevos caminos para que la Palabra de Dios llegue a las personas, lo cual vale también para la ÖKB. Además de eso, la Asociación Bíblica Católica de Klosterneuburg promueve encuentros con los/las biblistas que trabajan e investigan en los institutos bíblicos de las universidades austriacas, cultiva los contactos con las asociaciones bíblicas de los países vecinos y de la Federación Bíblica Católica así como con la comunidad ecuménica y los medios de comunicación.

Una misa de acción de gracias en la iglesia del monasterio y un acto festivo culminaron la celebración del jubileo. La conferencia de la fiesta corrió a cargo de Mons. Wilhem Egger, obispo de Bozen-Brixen, ex presidente de la Federación Bíblica Católica; el tema fue: «La Palabra de Dios para el tercer milenio: la Biblia en el diálogo eclesial, ecuménico, interreligioso e intercultural». Mons. Egger abogó por una relación dialógica y abierta al diálogo con las Sagradas Escrituras de las religiones. Condición para ello es que los participantes permanezcan firmes en su identidad, «pues el diálogo sólo puede dar fruto si se realiza con un interlocutor convencido»; para los cristianos esto significa «tener una identidad marcada (sellada) por la Escritura». ■



Malta: Encuentro anual de la subregión Europa del Sur y del Oeste

Del 14 al 17 de septiembre de 2006 se celebró en Malta el encuentro anual de la subregión Europa del Sur y del Oeste. Además del intercambio de informaciones (informes de los representantes de las organizaciones miembros, informe del Secretario General), el programa estuvo dedicado a las cuestiones relacionadas con la preparación de la VII Asamblea Plenaria de la FEBIC.

El aspecto temático más destacado del encuentro fue la lectura de algunos libros bíblicos «desde el comienzo hasta el fin». En muchos países se practica este método de lec-

Pbro. Joseph Stricher
4, rue de Thionville
57300 Ay-sur-Moselle
Francia
Tel.: +33-3-87 73 83 74
E-mail:
joseph.stricher@wanadoo.fr



tura bíblica «integral», que consiste en considerar y explorar cada libro de la Biblia de manera autónoma. El anterior coordinador subregional, Thomas Osborne, que había abierto el debate sobre este método en el *Boletín Dei Verbum* 66/67, fue invitado como relator de este tema. En Asia, África y América Latina, el método ya se ha vuelto una forma corriente de leer la Biblia; en Europa, en cambio, su uso es bastante reciente en la pastoral bíblica.

Italia: Encuentro anual de la subregión Roma

El encuentro anual de la subregión Roma se realizó el 30 noviembre de 2006 bajo la dirección del nuevo coordinador subregional, el P. Corrado Pastore, sdb. El intercambio de informaciones y experiencias de los miembros romanos de la FEBIC ha sido muy fecundo, puesto que los participantes han podido relacionar sobre varias iniciativas interesantes. Entre ellas se cuenta, para dar tan sólo dos ejemplos, un nuevo manual de catequesis bíblica en italiano (*Manuale di catechesi biblica*) y una nueva especialización en el ámbito de la teología pastoral, centrada en la Biblia y la liturgia, en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma. Más informaciones sobre ambas iniciativas pueden ser requeridas a la Secretaría General.

Los participantes acordaron un proyecto importante para la subregión Roma para 2007: la búsqueda de contactos con las universidades y facultades romanas, en colaboración con la Secretaría General, para informar a los estudiantes sobre las finalidades, labor y estructura de la FEBIC y, a través de ellos, a sus Iglesias locales. Los estudiantes, que, en su gran mayoría, se están especializando en Roma y están destinados a puestos de responsabilidad en sus Iglesias respectivas, son potenciales difusores y personas de contacto para la FEBIC. Han comenzado los preparativos para el encuentro extraordinario que la subregión dedicará a este tema en marzo de 2007.

P. Corrado Pastore, sdb
Associazione Biblica
Salesiana/UPS
Piazza dell'Ateneo 1
00139 Roma
Italia
Tel.: +39-06-881 20 41
Fax: +39-06-881 20 57
E-mail:
pastoresdb@yahoo.com;
pastore@unisal.it



En memoria del Dom Bernard Orchard, osb (1910–2006)



Dom Bernard Orchard, osb, era monje benedictino, profesor de escuela y bibliista; estuvo al servicio de la Federación Bíblica Católica en calidad de segundo Secretario General. Falleció en su patria, en la abadía de Ealing cerca de Londres el 28 de noviembre de 2006 a la edad de 96 años.

Ya antes del Concilio Vaticano II Dom Orchard dedicó su actividad a la exégesis histórico-crítica; realizó extensos viajes de estudio en los países de la Biblia y fue el iniciador y editor del primer comentario bíblico católico en lengua inglesa en un solo tomo (*Catholic Commentary on Holy Scripture*), publicado en el año 1953. Este comentario fue por mucho tiempo una de las obras de referencia importantes en la ciencia bíblica católica en el mundo anglófono. A partir del 1952, Dom Orchard estuvo ocupado en calidad de co-editor en la versión católica de la traducción inglesa de la Biblia publicada en 1966, la *Revised Standard Version*; esta traducción fue la primera Biblia en lengua inglesa que pudo ser utilizada por católicos y protestantes. Por último, su nombre está relacionado con la «hipótesis de los dos evangelios», que sostiene que el evangelio de Mateo es el más antiguo de los cuatro evangelios. Que Dom Orchard fue no solamente un hombre de ciencia, sino que también trabajaba en el campo de la pastoral, lo muestra la fundación de la *Catholic Biblical Association* en Gran Bretaña en aquellos años, en la que su participación fue decisiva.

Como segundo Secretario General de la Federación Bíblica Católica, entonces todavía conocida como «Federación Bíblica Católica Mundial», Dom Orchard participó, desde 1970 hasta 1972, en la construcción de nuestra Federación en manera sobresaliente. Sólo poco después de la fundación de la Federación en el año 1969, fue éste el tiempo del establecimiento de la Federación en la Iglesia mundial, de la búsqueda de miembros, de la preocupación por encontrar una estructura y una sede – antes la Secretaría General de la FEBIC estaba en Roma – y de sentar las bases financieras. Aquí se produjo el máximo despliegue de la competencia tanto bíblica como organizativa de Dom Orchard. Lo mismo se aplica a su espíritu de pionero que ha impregnado toda su vida y obras. A través del Primer Seminario de Pastoral Bíblica que él organizó en Rocca di Papa cerca de Roma en el año 1971, seminario que reunió a todas las figuras importantes del apostolado bíblico de aquella época, y a través de su Primera Asamblea Plenaria en 1972 en Viena, la Federación recibió importantes impulsos a nivel de contenido para su futura organización y trabajo.

Aun cuando su tiempo en el cargo de Secretario General de la Federación fue limitado, debido a las dificultades de los primeros años y por último debido al traslado que se efectuó de la Secretaría General a Stuttgart, Dom Orchard, con su esfuerzo para un más amplio desarrollo de la Federación Bíblica Católica, ha llevado a cabo cambios importantes. A partir de las entonces pocas organizaciones miembros, la mayoría en los países europeos, la Federación ha ido creciendo hacia una auténtica organización mundial (mundial también a nivel de Iglesia) hasta contar hoy con 320 organizaciones miembros distribuidas en 127 países del mundo. Su muerte nos ofrece la ocasión para recordar con gratitud que nosotros hoy podemos recoger los frutos cuyas semillas fueron sembradas por nuestros predecesores.

La Federación Bíblica Católica guardará un venerable recuerdo de su segundo Secretario General, Dom Bernard Orchard, osb. Que el Señor le conceda la vida en plenitud.

Alexander M. Schweitzer
Secretario General



Tema y fecha de la próxima Asamblea Plenaria de la FEBIC, Tanzania, 2008

Cada seis años las organizaciones miembros de la FEBIC se encuentran con motivo de su Asamblea Plenaria. Estos encuentros regulares son momentos cruciales en la vida de la Federación, ofrecen un lugar único para el encuentro y el intercambio de todas las personas que en el mundo entero trabajan en la pastoral bíblica. Durante una Asamblea Plenaria no solamente se reza juntos y se reflexiona sobre la Palabra de Dios, sino que también se presentan nuevas ideas, se intercambian materiales y experiencias y se desarrollan nuevas iniciativas, que a menudo sobrepasan el nivel de países y continentes. Las Asambleas Plenarias son etapas importantes en el camino que la Federación recorre para conseguir su objetivo: hacer que la Palabra de Dios sea accesible al mayor número posible de personas.

Recientemente se han establecido la fecha, el lugar y el tema de la próxima VII Asamblea Plenaria de la FEBIC. Del 24 de junio al 3 de julio de 2008, por primera vez, África será la anfitriona de la familia FEBIC, más exactamente: Tanzania, o bien su capital Dar es Salaam.



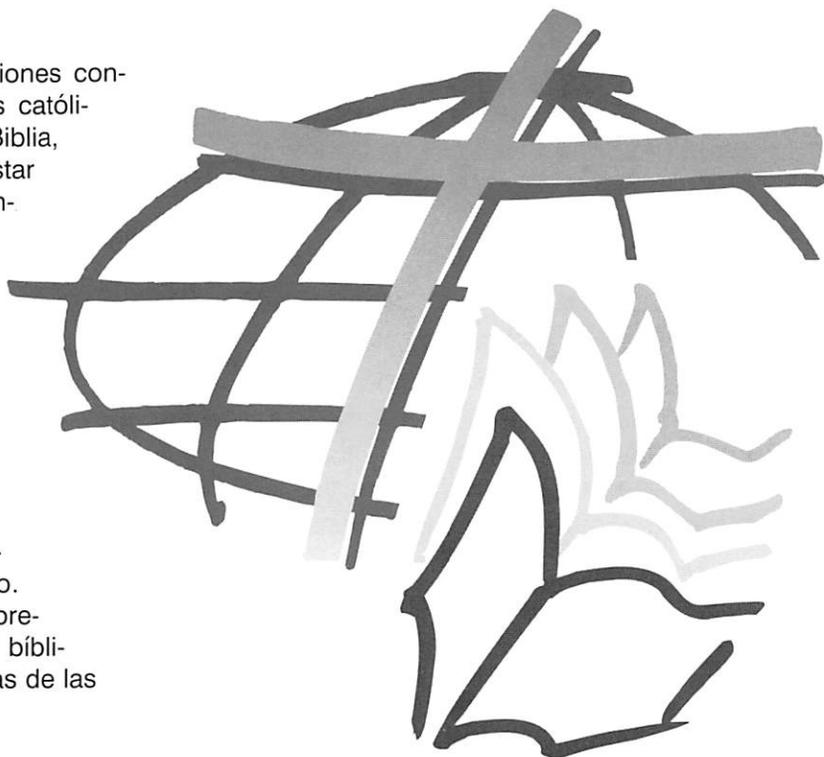
El tema de la Asamblea Plenaria es «La Palabra de Dios – fuente de reconciliación, justicia y paz», el cual está relacionado con el lema bíblico «Deus caritas est – Dios es amor» (1 Jn 4,8.16).

Amplias informaciones sobre las preparaciones de esta Asamblea se publicarán en los números siguientes del *Boletín Dei Verbum*. ■

La Federación Bíblica Católica (FEBIC) es una asociación mundial de organizaciones católicas que se saben comprometidas al servicio de la Palabra de Dios. (Hoy por hoy, la organización cuenta en total con 92 miembros plenos y 232 miembros asociados de 127 países).

El servicio de estas organizaciones consiste en impulsar traducciones católicas e interconfesionales de la Biblia, en difundir Biblias y en prestar ayuda para una mejor comprensión de la Sagrada Escritura.

La FEBIC promueve las actividades bíblico-pastorales de estas organizaciones, posibilita un intercambio de experiencias a nivel mundial, busca modos de fomentar una experiencia gozosa de la Palabra de Dios entre los creyentes de todo el mundo. Procura cooperar con los representantes de los especialistas bíblicos y de las sociedades bíblicas de las distintas confesiones.



La FEBIC se empeña en promover, de modo especial, una lectura de la Biblia que se mira en la realidad cotidiana y en capacitar a muchos servidores y servidoras de la Palabra a realizar una tal lectura de la Biblia de cara a la vida.

Al comienzo del tercer milenio la Sagrada Escritura debe ser considerada como el gran libro de texto para la humanidad. Especialmente en tiempos como estos la lectura de la Biblia no sólo ayuda a la comunidad cristiana a crecer en la fe y el amor, sino que puede y debe también ofrecer a todo el mundo esas palabras de fraternidad y de sabiduría humana que desesperadamente necesita. Este es el gran reto que la Federación Bíblica Católica se ha impuesto.

Vincenzo Paglia, Obispo de Terni-Narni-Amelia, Italia, Presidente de la FEBIC